

*El año académico*

*Alexander García Düttmann*

*El año académico*

**El año académico**

*Alexander García Düttmann*

*El año académico*

**Alexander García Düttmann**

**El año académico**

**Traducción de Tupac Cruz**

**archivos del Índice**  
**Cali**

*Alexander García Düttmann*

Primera edición, 2009

© Alexander García Düttmann, 2009

© de la traducción: Tupac Cruz, 2009

© fundación editorial archivos del Índice, 2009

Apartado aéreo 25970, Cali

e-mail: [archivosdelindice@yahoo.com](mailto:archivosdelindice@yahoo.com)

<http://www.archivosdelindice.com>

Impresión: Artes Gráficas del Valle

ISBN 978-958-44-5627-4

Impreso en Colombia

*“Die Zeit als ich vertraute  
Der Welt und ihrer Lust”<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> *“El tiempo en que confiaba / En el mundo y su placer.”*

El autor agradece la ayuda y el apoyo de los amigos Jordi Ibáñez Fanés y Bruno Mazzoldi.

*Alexander García Düttmann*

## **Primer trimestre**

**R**ecuerdo que al final del año académico me di cuenta de que tenía una historia que contar. Fue una sorpresa.

Recuerdo que podía concebir los hechos ocurridos durante un período de diez meses como una trama en desarrollo. No tenía que esforzarme demasiado para ver que se había dado un inicio y que el movimiento ascendente de la curva había quedado interrumpido.

Recuerdo que no fui capaz de prevenir la caída.

Recuerdo que en una de las novelas de Gilbert la ambigüedad de la última frase rescata la historia de la trivialidad y la transforma en un reto, como si se le pidiese al lector que permita la condensación de la trama en una ocurrencia ingeniosa. ¿Es ésta la vuelta de tuerca suprema?

Recuerdo que una razón por la que sentí que eran siempre los otros los que podían contar una historia, pero no yo, era que yo no sabía lo que significaba que algo finalizara. Los comienzos parecen tan poco probables y al mismo tiempo tan naturales, que tras un titubeo inicial me lanzo

de cabeza en la nueva vida, incapaz ya de surgir a la superficie de otra vida, o de una vida exterior. Si he tomado una decisión, ¿cómo puedo traicionar mi compromiso con el comienzo?

Recuerdo que vi *La caída de los dioses* en una casa de campo en Somerset. Durante la escena de la masacre, que Visconti consideraba una pieza coral, pensé que tú habrías podido ser fácilmente uno de los jóvenes que participan en la orgía. No debido a cierta inclinación particular a favor de la ideología dominante sino porque te dejas impresionar fácilmente.

Recuerdo que Pichón se convirtió en Trucón. ¿Te gustan los nombres que te he dado?

Recuerdo cómo me dejé impresionar por Pichón y Trucón.

Recuerdo que decidí no complicar las cosas al escribir *El año académico* y que el dispositivo empleado por Joe Brainard en su libro me pareció una buena manera de combinar la simplicidad y la forma. Tenía una historia que contar. Pero temía que contarla según el orden de los acontecimientos crease un desequilibrio entre el contenido actual y las expectativas suscitadas por el mero hecho de contar una historia. Entonces, ¿tenía una historia que contar o no?

Recuerdo el día en que perdí todos los correos electrónicos de la bandeja de entrada que había acumulado en el curso de tres o cuatro años. Tras intentar recuperarlos y fracasar, me pregunté si no debía sacar provecho del borrado de huellas. Al empezar un párrafo con la palabra "recuerdo", podía *querer decir* precisamente lo que la palabra decía. No habría pues necesidad de leer de nuevo tus mensajes.

Recuerdo que al comienzo eras Pichón. ¿Pero cómo te convertiste en Pichón para empezar? Antes de que te me presentaras en la calle, yo ya me había fijado en ti. Durante una recepción en la que el rector dio la bienvenida a los nuevos estudiantes investigadores, tú sostenías ansiosamente un pedazo de papel en las manos. Mirabas una y otra vez las palabras que habías impreso en gran formato. Al final no te concedieron la oportunidad de pronunciar tu discursito.

Recuerdo que más tarde olvidé este encuentro previo. La noche que pasamos juntos me dijiste que me habías visto entrando y saliendo apresuradamente del salón en el que tenía lugar la recepción.

Recuerdo que me prometí a mí mismo tratar de entender por qué exactamente nuestro primer encuentro tuvo que ir precedido por este encuentro previo, sin presentaciones, para que

podieras convertirte en Pichón en los meses siguientes. No te habrías podido convertir en Pichón si el comienzo no se hubiera adelantado al comienzo, por así decir. Pero puesto que Pichón terminó por convertirse en Trucón, ¿cómo he de reconciliar este período necesario de gestación con la experiencia de la violencia a la que me expusiste? Dos veces estuviste ahí sin estar ahí. Como Pichón, anunciaste tu venida. Como Trucón, la interrumpiste.

Recuerdo todo a la perfección. ¿Por qué? Porque he repasado la actuación en pareja de Pichón y Trucón tantas veces que tengo cada detalle encuadrado en mi mente, hasta el más insignificante y el más sórdido. Mi memoria es tu verdugo.

Recuerdo una mañana soleada de octubre. Estaba caminando en dirección a la iglesia cuando tú cruzaste la calle y me saludaste. Vistiendo un abrigo demasiado corto, llevabas en tu mano un ejemplar de un libro sobre el amor. Cuando te pregunté si te gustaba el libro, respondiste que todavía no lo sabías. Apuesto a que nunca lo leíste. Me dije de inmediato que no lo harías. Así fue como te presentaste a mí.

Recuerdo tener dudas constantes en torno a mi proyecto. ¿No significaba mi empleo del dispositivo de Brainard que yo mismo me había convertido en Trucón, como si darle al texto un

aire ligero pudiera dotar la ligereza del peso que le falta? Y qué pomposa suena la palabra "proyecto".

Recuerdo mi sorpresa cuando Rut etiquetó mi pesadumbre con una palabra de moda. Que lo explicaría todo. Tú no me habías mostrado *respeto*. El suegro de la artista había recogido la palabra y la había puesto en circulación otra vez, aunque en el plano de lo intelectualmente respetable. ¿O la sacó de la canción de un rapero? Mi sorpresa no se debía a un instintivo retroceder ante las modas, sino al hecho de que en cierto modo la palabra podía encajar.

Recuerdo que me dijiste que el Beso de la Muerte también te había causado problemas. Si yo lo llamaba el Gran Administrativo, entonces tú vendrías a ser el pequeño administrativo. Durante tus primeros meses de empleo él no había sido respetuoso con tu trabajo.

Recuerdo cuánta importancia le conferías a la idea de que los estudiantes te respetaban. Y cómo me percibías cada vez más como una amenaza porque parecía dispuesto a dismantelar el aspecto de respetabilidad que brotaba de tu disposición ansiosa de servir a los otros.

Recuerdo que te sonrojabas con frecuencia y que yo me tomé tu sonrojarte al pie de la letra porque sentí que no había otra manera posible de tomárselo. No era una pose. Estaba conmovido.

Recuerdo cómo bajaste por la calle, camino del edificio en el que tu oficina ocupaba una estancia en la esquina del primer piso. Era una mañana soleada a principios de otoño. Me viste al otro lado y me reconociste, aunque todavía no habíamos sido presentados. Así que decidiste cruzar la calle bordada de árboles y saludarme. Eras consciente del libro que llevabas en tu mano. Se trataba de un libro sobre el amor de un autor conocido cuya obra no respeto demasiado.

Recuerdo que traté de imaginarme matándote con un cuchillo en tu oficina, pero sin llegar a reunir las fuerzas para hacerlo.

Recuerdo que me iniciaste en el mundo mezquino de la administración, acerca de cuya existencia había vivido en casi completa ignorancia hasta entonces. Mi desvergüenza innata se manifiesta cuando estoy sin saber qué hacer y quiero lograr algo de claridad forzando la situación hasta el extremo, o cuando, con el fin de apoyarte, reto al intruso a revelarse como tal. Apenado, temiste una exposición que pudiera dañar la imagen de joven y afable servidor que te aplicabas en proyectar. Que nos viéramos implicaba que nos reuniéramos y una reunión tenía que culminar en un resultado. Escribirte implicaba recibir una respuesta con aclaraciones y correcciones. Un administrativo reacciona como administrativo, me dijo Jared cuando le

conté que habías hecho averiguaciones para presentar una queja contra mí.

Recuerdo que el día que cruzaste la calle y me hablaste por primera vez me pregunté si tu expresión me parecía atractiva o no. Tu postura era torpe. ¿Cómo lograba tu cuerpo tieso y delgado acomodar tu solícita boca? Para sentirme atraído por tí, tenía que notar una torpeza, ¿pero me engancharía esta torpeza? La torpeza es el refugio de la belleza cuando huye de la naturaleza y también de la cultura para tener una vida propia.

Recuerdo que no hablamos por primera vez el día que nos dimos la mano. Un colega me había dado tu número de teléfono pocas semanas antes de nuestro encuentro. "Él es muy amable y te ayudará." En el teléfono parecías querer disculparte por ser un administrativo con quien tenía yo que perder mi tiempo tratando de resolver asuntos triviales. Me tenías enganchado.

Recuerdo que tu nombre de pila me parecía feo porque sonaba tan profundamente arraigado en el suelo de tu país natal. Tenía algo de espeso, una robusta resonancia gutural. Mi lengua tropezaba con piedras de bordes afilados y rodaba por gravilla resbaladiza.

Recuerdo que tu nombre me hacía pensar en la palabra española "podrido". En Brasil usan una

palabra parecida para designar un estofado que es un plato nacional.

Recuerdo que te pregunté si tenías un nombre que pudiéramos compartir. Si bien la espesura terrosa de tu nombre de pila me mantenía a distancia, la miseria de su inicial solitaria me dejaba con hambre. Ahora que he decidido llamarte Pichón y Trucón puedo jugar contigo. Quizás todo salió mal porque tú ya le habías dado a tu jugueteo una forma definida: la del amaneramiento.

Recuerdo que no te afeitabas los fines de semana. ¿Emulabas al ejecutivo que los viernes viste ropa deportiva? El compositor Alban Berg era sensible a la cualidad dialéctica de un rostro bien afeitado, al menos si confiamos en la memoria de su pupilo.

Recuerdo que durante una de las tediosas reuniones en las que ejercías como secretario de confianza del Beso de la Muerte, pasé mi tiempo mirando tus antebrazos desnudos, impulsado por el deseo de besar la piel que habías expuesto tras arremangar tu suéter rojo.

Recuerdo que la noche en que besé y lamí la piel de tus antebrazos mi memoria dotó al placer que experimentaba de una profundidad que excedía el alcance del mero tacto.

Recuerdo que dejé una marca roja en los bíceps blandos de tu brazo. Ocurrió a oscuras pero mi boca sabía lo que hacía. Al amanecer descubriste el tatuaje temporal y me dijiste que nadie lo vería. Como había hinchado tus vasos sanguíneos a propósito, creí que me estabas diciendo que Pichón se había cruzado en mi camino.

Recuerdo haber pensado en ti cuando, en el texto que escribí para celebrar el sexagésimo cumpleaños de Silvia, dije que, para mí, la experiencia del amor consiste en el estúpido y desarmante roce físico.

Recuerdo que Trucón me hizo pasar una noche de infierno. La luz artificial, filtrada por las cortinas rojas que había cerrado antes de acostarme, iluminaba mi cuchitril en Copenhague. Estaba en una condición febril de excitación y desespero. Cada vez que huéspedes invisibles pasaban junto a mi cuarto, escuchaba sus pasos en el corredor y sospechaba que El Gran Bufón te estaba llevando a su guarida. Aunque la escena me llenaba de asco, la masturbación era la única manera de encontrar algo de sosiego. Al final sentía la picha tan cansada que ya no podía vomitar eyaculando.

Recuerdo que me soplaste un beso.

Recuerdo que sentí que sería más cursi situar en un contexto la frase "me soplaste un beso" que dejarla sola.

Recuerdo preguntarme cómo un gesto que Jordi asociaba con un anuncio de desodorante podía aún ser percibido como dulce. Y saber que haría evaporar su dulzura con apenas mencionarla.

Recuerdo que titubeé al preguntarme si había sido Pichón o Trucón quien me había soplado un beso.

Recuerdo no atrapar el beso que me soplaste.

Recuerdo que me diste una tímida y remilgosa mamada.

Recuerdo que no lograbas comprender por qué recibías tantas atenciones de mi parte. Empezaste a resentir lo pendiente que yo estaba de tu presencia.

Recuerdo que durante el trimestre de otoño del año académico me comporté como una anciana ligeramente desconfiada, dando pasos cortos y mirándote por el rabillo del ojo.

Recuerdo cómo brevemente te paraste detrás de mí al comienzo de una reunión. Estabas repartiendo documentos que no habías enviado con antelación. Moviendo tus labios de manera imperceptible, como un ventrílocuo, dijiste:

"Buenos días." ¿Por qué acababas de hablarme en tonos tan callados? Quizás porque tu saludo era personal o porque no sabías con certeza si yo aceptaría que me destacaras de esta manera. ¿Te había visto ya? Sí, pero había sido muy discreto.

Recuerdo cómo te propusiste esperarme al final de la primera o segunda reunión del comité. Yo estaba a punto de abandonar la sala cuando te despediste rápidamente de la persona que había estado hablándote. Querías estar junto a mí.

Recuerdo suponer que Pichón era un administrativo porque tenía que pagar el alquiler y que su verdadera vocación estaba en otra parte.

Recuerdo que pensé que una historia es algo que uno recuerda, no algo que uno se inventa. Incluso cuando uno se la inventa, tiene que leerse como si uno la hubiera recordado.

Recuerdo que quería ser tonto en tu presencia. "Pero esto es lo más difícil," me dijo Ginevra en la barra de mariscos, "una cercanía que hay que alcanzar, no algo que se puede dar por descontado." ¿Terminó mi impaciencia por sacarle ventaja a mi inicial y prolongada paciencia? "Sólo necesito que el otro acierte con el tono."

Recuerdo que te ponías calcetines color rosa. Y que no fui el único de la universidad en darse cuenta.

Recuerdo que una vez lucí una camisa color rosa con un patrón floral cuando asistí a una reunión en la que estabas presente. ¿Te diste cuenta?

Recuerdo que estaba sentado frente a ti en tu oficina, probablemente en tu silla giratoria. Afuera estaba oscuro y había venido para reconciliarme contigo. ¡Qué feos eran tus abultados zapatos negros! Estiré las piernas, levanté tu pie izquierdo con la punta de mi zapato derecho y puse la suela contra la suela de tu zapato. Luego mentí y dije que tus zapatos me gustaban. Quería que me amaras. No importaba que tus zapatos fueran feos o elegantes. Lo importante era mi gesto. Era un signo de cercanía juguetona torpemente capturado por el lenguaje. Mis palabras pronunciaron una mentira y pusieron las cosas patas arriba. Pero al hacerlo traicionaron apenas su propia impotencia. Debían haber dejado en paz a nuestros pies. Yo quería reforzar lo que no necesitaba refuerzo, o lo que sólo podía ser destruido por él. Probablemente había sentido que tú no estabas respondiendo. Así que terminé por transformarme en tus zapatos a través de mi chapucería. Podrías haberme amado por semejante mímica.

Recuerdo que después de leer las notas anteriores una vez más, me pregunté si emitirías

un suspiro cuando las leyeras tú mismo. "¡Ahora vienen las notas sobre los estilos de vida!"

Recuerdo que me gustaba la camisa arrugada barata que habías comprado en Tesco.

Recuerdo que no pude asistir a la primera reunión del año académico porque me estaba mudando de piso. Te envié un mensaje para disculparme por mi ausencia y recibí una respuesta de lo más comprensiva. Como si te diera pena que se me hubiese impuesto la asistencia a semejante reunión. "En la vida hay cosas más importantes que una reunión", me pareció querer decir tu respuesta. Pichón no era amigo del Beso de la Muerte. Era mi cómplice en la administración, alguien que sabía qué importaba de verdad. Hasta sugirió que retiraría una carta de mis archivos. Trucón, sin embargo, se reveló fiel servidor del Beso de la Muerte. Fue durante el reino de Trucón que me dijiste: "Estoy de tu parte. El Beso de la Muerte puede ser un hombre desagradable." ¿Podía Trucón convertirse otra vez en Pichón por un momento?

Recuerdo que durante muchos meses tuviste una foto de la Reina como protector de pantalla. Estaba vestida para recibir a los huéspedes de un banquete de estado. En tu escritorio descubrí un posavasos con la foto de dos o tres muchachos en ropa interior. Su peinado hacía que se parecieran a chicos de los años setenta. Este posavasos te lo

había dado un amigo. Lo usabas para tu "café matutino." Siempre me olvido de que en las oficinas se prepara muchísimo café.

Recuerdo que Pichón era un hombre dulce. Quería sentir tu dulzura, tocar, acariciar, lamer tu cuerpo. La tontería propaga la dulzura hasta la mente, o más bien: es la reacción de la mente a la dulzura. Quería sentir tu dulzura en mi mente, tocar, acariciar, lamer tu mente. Debías haber medido mi violencia con mi deseo de conservar la dulzura que me habías ofrecido. No estaba convirtiéndome yo mismo en Trucón, como puedes haber pensado. O más bien Trucón apareció sólo cuando ya no permitiste que Pichón me viera más. Hasta su apariencia era un intento de entrar otra vez en contacto con Pichón. Pichón no podía defenderse contra el esfuerzo de Trucón por tomar el control definitivamente. Su estupidez lo hacía tanto más dulce. Trucón tenía que disociarlo todo, preguntar: "¿Y ahora adónde vamos?"

Recuerdo cómo todo pareció encajar cuando Jared explicó mi fracaso en los términos más simples: "Él nunca entendió nada." Luego descubrí que la sensación de que algo ha calado puede desaparecer. ¿Qué tan trucón puede ser Pichón?

Recuerdo que quería llamarte Dormilón y que Hilary me convenció de llamarte Pichón. Tenía razón.

Recuerdo la primera vez que me dijiste: "Tengo que salir volando".

Recuerdo cómo bajamos por la calle hacia tu oficina tras mi primera o segunda reunión de comisión. Tratando de establecer un tono que me permitiera dirigirme a ti como Pichón, no como a un administrativo, te dije que, durante reuniones de ese tipo, me sentía como un colegial que no había hecho los deberes y sabía que estaban a punto de descubrirlo. Todos los académicos presentes eran adultos. Yo era un niño bobo sin remedio e incapaz de comprender nada de lo que se discutía. Todos usaban un lenguaje que no entendía, lleno de abreviaciones impenetrables. Parecía haber siempre otro asunto importante oculto tras el contexto inmediatamente manifiesto. Una profesora a quien no conocía intervino en la discusión con gran pasión retórica, como si recitara un papel en una obra. Sus gestos histriónicos contribuían a crear una impresión de dramatismo sediento de atención. Te lo mencioné. Te hizo reír porque, sí, ella pertenecía a la Escuela de Teatro. La próxima vez que nos encontramos me recordaste mi comentario. Se lo habías comunicado a tus colegas en la oficina y ellos también se habían reído un buen rato. Después del triunfo de

Trucón sobre Pichón, entendí que aquella mujer tan dramática era una persona que pensaba, uno de los pocos miembros del comité que osaba alzar la voz y decir lo que había que decir. No iba a dejarse intimidar por la máquina administrativa. Cuando llegamos a la entrada principal de tu edificio de oficinas, seguimos hablando entre nosotros, no tanto porque tuviéramos cosas que decir sino porque nos arrastraba e impulsaba todavía la energía producida por nuestro ligero chocar cuando caminábamos por la acera. Me empujabas todavía para adelante, aunque hacía ya un rato que habíamos dejado de caminar. Entonces, de repente, tras haber ignorado a un colega que había querido unírseos o arrastrarte hacia el interior del edificio, tu excitación pareció quedar plasmada en una exclamación. "¡Tengo que salir volando!" dijiste, como para llegar a alcanzarte a ti mismo.

Recuerdo disfrutar tu cortejo como se disfruta algo pasado de moda que tiene una cualidad de protección y abrigo.

Recuerdo que me hiciste pensar en Kafka, a quien había leído cuando era muy joven. No, no existe semejanza alguna. Pero quizás Kafka ofrece la descripción más incisiva del mundo de la administración en el que tú operas. Por un lado, es un mundo en el que domina un orden estricto. Tiene su propio lenguaje, que facilita la

subordinación de casos bajo reglas, la elección de estrategias, la confección de planes a corto o largo plazo, el establecimiento de estándares y la constatación de resultados. Por supuesto este lenguaje es lo suficientemente flexible y sutil como para no depender de ningún objeto que no haya sido creado por él mismo. Es una práctica pura, y quienquiera demuestre su excelencia usándolo, revisándolo, transformándolo, adaptándolo sin fin, las tiene todas para convertirse en el Gran Administrativo. Por otro lado, es un lenguaje por entero obtuso y opaco, justo porque mora en su propia tautología. El mundo de la administración es un mundo anárquico, en el que uno puede fácilmente arrogarse el poder de un pequeño déspota. La institución tolerará, instigará incluso el comercio local de afectos irracionales y actos arbitrarios con tal de que su propia sobrevivencia no se vea amenazada. Aquí, uno es alguien y no hay que pensarlo dos veces.

Recuerdo ver una conversación con Julien Green en DVD. El enervante entrevistador le pregunta si cree que, en caso de que Cristo regresara hoy, la gente le pediría un autógrafo. Green no sabe cómo responder a una pregunta que no es una pregunta, se siente incómodo con este comentario estúpidamente sagaz en busca de confirmación. Pero tampoco quiere ser grosero. Así que hace que le repitan la pregunta

y entonces simplemente masculla "*Peut-être, le monde est si bête.*" En este punto pensé en ti y en mí. Nos hemos abandonado al mundo, yo te he traicionado y tú me has traicionado, hemos renunciado a nuestro amor, a su promesa, y nos quedamos con nada, con el mundo, tan bobo, tan estúpido, tan mortífero.

Recuerdo que de repente pensé que nada de esto tendría sentido para ti porque tú no me amas.

Recuerdo que de repente pensé que todo esto adquiriría sentido para ti si lograba acertar con el tono.

Recuerdo cuán poco sabía de ti. Pero bastaba con mirar cinco minutos de *Gran Hermano* para entender que habías tenido razón al decirme que no teníamos futuro. Hasta luego Señora Robinson. Te imaginé en tu oficina anticipando la velada que pasarías con un amigo para ver quién ganaría la edición de ese año.

Recuerdo que eras un joven que quería ser bueno en su empleo y apreciado por sus colegas. Querías tener amigos y un poco de diversión sin tener que pensar demasiado en qué hacer y qué no hacer. Entonces llegué yo y empecé a armar jaleo.

Recuerdo que nunca hablamos de *Gran Hermano* y que no sé si te gustaba verlo o no. El

Gran Bufón confesó su adicción en público. Cuando empecé a leer por encima sus sandeces, pensé por un momento que le estaba comunicando al mundo que tú eras su pasión del verano. Sosteniendo el ratón, mi mano temblaba. Echarle de cuando en cuando un vistazo al blog del Gran Bufón es el síntoma más depravador y exasperante de la adicción que me une a ti.

Recuerdo que, en un pub o un bar, tú pedías un gin tonic.

Recuerdo que nunca fuimos al campo juntos. Si quisiera recordar todas las cosas que no hicimos y los lugares que no visitamos, no sabría dónde empezar y dónde parar. Es verdad que por lo general siento alivio cuando el tren me lleva de vuelta a la ciudad. Pero después de mi viaje a Gloucestershire me dije que me habría gustado estar allí contigo unos días. Podríamos haber alquilado una habitación en una rectoría. Cada vez que hubiéramos mirado por la ventana hacia el valle hubiéramos visto un pequeño río. Y yo te hubiera dejado tener muchos ojos y muchos oídos.

Recuerdo que tenías pocos amigos. Pero había siempre otro amigo de quien no había oído hablar antes. Estaba el amigo que había sido estudiante en la universidad y que ahora se preparaba para convertirse en un hombre de

negocios eficaz y afortunado. Pasaste una semana con él en una playa gay. Estaba el amigo de tu país que se había enamorado de tí y te llevaba a restaurantes costosos cuando pasaba por la ciudad. Tú no querías acostarte con él. Estaba el amigo que venía de una ciudad española de provincias. Pasabas fines de semana con él y su esposa. Estaba el amigo que regresaba de Canadá donde había ido a visitar a su novio. Finalmente no pasó por Londres. Estaba el amigo que vivía en otra ciudad y ahora tenía que casarse. Parecías estar enamorado de él. Él podía satisfacer lo que llamabas tus "gustos exóticos." Estaba la amiga que había sido tu compañera de apartamento durante tres años y te mandaba mensajes de texto que decían: "La cena está en el horno." Estaba el amigo que vivía en un "piso elegante" y era una "vieja reinona," en tus palabras al menos. Te mudaste a vivir con él y me dijiste que le gustaba hacer pasteles, una afición a la que tú también querías ser adicto. "La cosa no irá más lejos," añadiste, como si yo necesitara que me apaciguaras. Estaba El Gran Bufón que te invitaba a almorzar y con quien parecías sostener un romance. Estaba el hombre que se había insinuado durante un viaje en autobús cuando tenías diecisiete años. Dijiste que se había convertido en acosador tuyo. Ese no era uno de tus amigos.

Recuerdo la sensación de haber alcanzado un punto que ya no nos permitía dar marcha atrás.

Recuerdo sentir esto más de una vez, pues lo que en una ocasión había tomado por tal punto, había resultado ser un paso en una senda que conducía a un futuro más incierto todavía. Cuanto más nos acercábamos al abismo, más nos acercábamos a la tierra prometida. Yo estaba haciendo camino por cuenta propia, seguido y precedido por un fantasma.

Recuerdo que Jared me asignó el papel de Moisés. Quizás sería capaz de mostrarte el camino a la tierra prometida. Sería una tarea difícil. Pero yo mismo no llegaría nunca a esta tierra. Tú vivirías allí con otra persona.

Recuerdo a Elizabeth diciendo que habías asumido una vida independiente en mi mente.

Recuerdo tener una debilidad por hombres desprovistos de imaginación y pagar un alto precio por mi indulgencia. Mi propia imaginación podía compensar por la que les faltaba a ellos, pero se trataba de un asunto solitario.

Recuerdo que casi nunca hablaba de Pichón.

Recuerdo que hablaba de Trucón todo el tiempo.

Recuerdo que Cabellos Agonizantes Cabellos Teñidos no sabía quién era Pichón. Y que, cuando le conté lo de Trucón, ella le echó la culpa a lo mal que se comportan los hombres en la vida.

Recuerdo la tarde en que me encontré contigo y el Beso de la Muerte en tu oficina. Aunque simulé interés por la conversación que sosteníamos en torno a asuntos administrativos, mis ojos no dejaban de recorrer las paredes para descubrir un detalle que revelara algo importante. Los paneles detrás de tu escritorio estaban cubiertos de cosas que habías pegado en ellos, calendarios, números de teléfono, direcciones de correo electrónico, invitaciones, fotografías, dibujos. Había una foto de un hombre desnudo que daba la espalda al espectador. Había también una foto tuya caminando por una playa en invierno. Y había fotografías de animales. Más tarde sostuviste que esto no era verdad. Yo me lo había inventado.

Recuerdo que la idea era atractiva por ser un poco tonta. Si tú respondías, podríamos establecer contacto. Yo quería proyectar para los estudiantes la película de Rossellini sobre Francisco de Asís. Nuestra clase se reunía los jueves por la mañana en una sala situada casi directamente debajo de tu oficina. Así que te envié un correo electrónico y te pedí que pasaras a ver la proyección, suponiendo que tuvieras

tiempo disponible y curiosidad por la película. Los gatos en tu oficina me habían dado la idea de escribirte. ¿Sabía yo que tú habías sido seminarista antes de convertirte en administrativo?

Recuerdo que tan pronto me hablaste del hombre que se había convertido en acosador tuyo, supe que tú me convertirías en tu acosador y que no podía hacer nada al respecto. Produces acosadores. ¿Por qué habrías de decidir que todo terminó y esperar que yo aceptara tu decisión? El acosador dice: "La cosa no termina aquí." Una historia no comienza y acaba en razón de decisiones tomadas por quienes están involucrados en ella. La decisión debe serles impuesta, por así decir, más que ser decisión *suya*. De donde el conflicto que engendra al acosador. ¿No se aferra el acosador a una historia y al hacerlo, al tratar de prolongarla testarudamente, la destruye, si es que jamás hubo historia?

Recuerdo que tenía que cambiar de línea cuando viajaba a la universidad. Nunca podía saber con antelación a qué estación llegaría al final, porque había una bifurcación entre las últimas dos paradas. Los trenes podían dirigirse a ambas. Las dos estaciones estaban a igual distancia de la universidad pero sólo pasaba por tu oficina si me bajaba en una de ellas. Dependiendo de mi estado de ánimo miraba

hacia arriba para ver si podía verte por la ventana, o caminaba cabizbajo y sin mirar, esperando que de pronto me vieras por detrás.

Recuerdo a Pichón sentado detrás de mí y viendo la película de Rossellini sobre Francisco de Asís en una sala de seminario repleta. No me atrevía a darme la vuelta durante la proyección.

Recuerdo que Pichón había instalado ya el reproductor de DVD cuando llegué. Después de la proyección debía marcharse. Todo fue exactamente como tenía que haber sido. Estábamos en compañía de los buenos.

Recuerdo que quería llevar a Pichón a un concierto del *Requiem* de Mozart en Westminster Abbey y luego a la recepción de Lufthansa en la embajada alemana.

Recuerdo que quería volver a transformar a Trucón en Pichón y llevarlo al salón VIP del aeropuerto de Copenhague.

Recuerdo que quería que Pichón leyera una novela de Julien Green.

Recuerdo que quería que Trucón viera *Noches Blancas* de Visconti para que se convirtiera otra vez en Pichón.

Recuerdo lo sorprendido que me quedé cuando Pichón, tras pedirme que le permitiera escoger un CD, puso una pieza de *Années de*

*Pèlerinage*, interpretada por Alfred Brendel. Hasta dijo que no había esperado encontrar esa grabación en mi colección. No puedo recordar en cambio qué pieza hizo sonar y me culpo por mi distracción, como si no hubiera creído realmente que Pichón tenía interés en que escuchara a Liszt. ¿Pero es que tengo que recordarlo todo? Quizás sea la inexorabilidad de mi memoria la que transforma a Pichón en Trucón.

Recuerdo que quería estar en un vuelo largo con Pichón, preferiblemente a San Francisco. Él nunca había viajado más que en aerolíneas de descuento. ¿Tenía miedo a volar? Al regresar hace poco tiempo de su país natal, el avión no había podido aterrizar en Gatwick debido a la neblina que se había posado sobre el aeropuerto. Pichón había sentido una ligera aprensión.

Recuerdo que Elizabeth pensó que escribir *El año académico* me transportaría a otro lugar. Y que también pensó que me dejaría en el mismo lugar. No pienses que estoy tratando de mantener tibio tu cadáver. Lo que estoy tratando de calentar es mi propio cadáver. Quisiera ir a otro lugar quedándome en el mismo lugar de siempre hasta renacer.

Recuerdo al Hombre Tímido afirmando que habías activado tu *gaydar* durante el Día de Puertas Abiertas. Al responder a la coquetería de Pichón pude sentir las vibraciones; cuando

encaré la falta de sensibilidad de Trucón el dispositivo ya había sido desactivado. Dada gay.

Recuerdo a Trucón preguntándome si El Hombre Tímido era amable. Tenía que contactarlo por la solicitud de un estudiante. O eso dijo. No sabía que gracias a mí El Hombre Tímido ya había conocido a Pichón y a Trucón. Ni Pichón ni Trucón se percataron jamás de la existencia de Cabellos Agonizantes Cabellos Teñidos.

Recuerdo no sentir mucha tristeza cuando Pichón me contó que tenía planeado ir a Barcelona con su amigo el brillante hombre de negocios.

Recuerdo que finalmente fue Trucón quien viajó a Barcelona con su amigo el brillante hombre de negocios. Y que de hecho este amigo era un agente de relaciones públicas. Y que Trucón fue sólo un día mientras se hospedaba en un lugar de playa gay al sur de la ciudad.

Recuerdo que Pichón me envió un correo electrónico a propósito de la película de Rossellini sobre Francisco de Asís. Pero no recuerdo su contenido. Corinna se hubiera expresado así: "Pichón no estaba hecho para ti." Probablemente se trataba de un mensaje cauteloso diseñado para evitar una pifia. El miedo a ser osado acabará contigo. Y sin embargo Elizabeth, que había conocido a Pichón

en diciembre, me dijo: "Él es capaz de entrever quién eres." Ahora que te has desdoblado y eres Pichón y Trucón, me pregunto cuál es la diferencia entre un adulator y alguien cuyo amor le permite entender quién es el otro.

Recuerdo tratar de idear una lista de cosas que importan, como hace Woody Allen en *Manhattan*. "Lo que importa es siempre cuestión de diferencia." Este es, quizás, un enunciado verdadero, pero es también un enunciado demasiado general para ser verdadero. "Simplemente sé qué diferencia hay en tocarte cuando pienso en tocar a un extraño en un cuarto oscuro. El extraño quiere ser tocado porque hay un fin que toca cumplir; mientras que tocarte a ti es una especie de finalidad sin fin, en la que quiero morar." Pero si te vuelves y te apartas, ¿sabré ver la diferencia entre Pichón y Trucón? ¿Y tú, si me aparto yo?

Recuerdo que quería darle a Pichón una copia de la biografía de Francisco de Asís que escribió Julien Green.

Recuerdo que nunca traté de imaginar el tamaño de la picha de Pichón. Tragársela entera de un solo tirón era trucón.

Recuerdo el mensaje en el que James sugería que la transformación de Pichón en Trucón podía haber sido causada por la náusea resultante de

una visión de mi propia picha y que yo debía estarte agradecido por no habérmelo dicho.

Recuerdo a un estudiante agobiado por el comportamiento singular de su novia. Hacía cuatro años que eran pareja pero no vivían juntos y no podían verse tanto como él habría deseado. Un día cuando estaban en lados opuestos del globo ella le envió un correo electrónico acusándole de acostarse con otras mujeres. Él no podía entender a qué se refería. Y ella rompió. Al final, siguieron juntos. A veces me pregunto si Trucón no ha venido para someterme a prueba y ver si merezco a Pichón.

Recuerdo a un amigo preguntándose a qué se debía tanto alboroto.

Recuerdo que Trucón era mi enemigo en la administración. Si yo presentaba una solicitud, él la recibía y luego la ignoraba.

Recuerdo que el verano después de terminado el año académico fue un verano de depresión.

Recuerdo que tú estabas subiendo las escaleras cuando llegué. Sí, volverías dentro de un rato para ver la película con nosotros. Acababas de instalar el reproductor de DVD. Cuando regresaste la película había comenzado. El día era luminoso y la imagen en blanco y

negro proyectada sobre la pantalla se desteñía cada vez que el sol resurgía tras una nube.

Recuerdo que Pichón conoció a Elizabeth a finales de noviembre tras mi regreso de Santiago de Chile. Le maravillaba que el grupo de estudiantes se hubiera congregado en mi ausencia. Todo lo que Pichón notaba parecía volverme más atractivo a sus ojos.

Recuerdo que fui a pasear por Hampstead Heath. La luz del día era como una ventana pequeña en la oscuridad. Le hablé a Elizabeth de Pichón. Al día siguiente, en su oficina, le pregunto dónde vivía yo. Ella respondió: "En un piso elegante." ¿Recuerdas que al final del año académico Trucón se mudó a un "piso elegante" en el barrio portuario?

Recuerdo que le pregunté a Elizabeth si Pichón le había dicho dónde vivía él. Respondió: "En la quinta porra." Es dura la vida del joven administrativo.

Recuerdo que los colores en Hampstead Heath me hacían pensar en el verde, el amarillo y el marrón que el artista Eduardo Arroyo había empleado para la escena del retorno de Parsifal. Pero de pronto me equivoco.

Recuerdo que compré el DVD de *Manhattan* la noche antes de tu segunda visita a mi apartamento. Quería ver una película que me

subiera los ánimos mientras esperaba que llegara el domingo.

Recuerdo que busqué al agente de relaciones públicas gay en la red. Sólo sabía su nombre de pila. Es el nombre de la aerolínea de descuentos en la que vuelas cuando regresas a casa. Pues sí, encontré su foto, nítida y limpiecita, en uno de esos sitios que las universidades cuelgan en un gesto de autopromoción desvergonzada. "Danos tu dinero e invertirás en tu propio futuro." Con su sonrisa de niño bien y la meticulosa colisión de sus cabellos, el agente de relaciones públicas se describía como espontáneo y explicaba a los estudiantes existentes y futuros cómo emular su ejemplo para convertirse ellos también en brillantes agentes de relaciones públicas. Justo después de graduarse había conseguido empleo en una gran compañía. Claro que había trabajado duro en sus años de estudiante, dentro y fuera de la universidad. Al principio había sido un líder popular preocupado por la causa de los estudiantes. Se entiende que te preciaras de tenerlo como amigo. Cuando un día nublado te pregunté en Hampstead si habías hecho amigos desde que te habías mudado a la ciudad, mencionaste al agente de relaciones públicas y me contaste que te había invitado a acompañarlo en un viaje a España. "Eres mi amigo, ¿no?"

Recuerdo que llevé a Pichón conmigo a Santiago de Chile como una especie de promesa

ligera y serena; no como un pensamiento que acompañase todos mis otros pensamientos sino como un duende bonachón que había cruzado mi camino en el momento menos esperado y había hecho que me sintiera mejor en la vida. No pensaba en Pichón cuando embarqué en Frankfurt. No pensaba en Pichón cuando el avión cruzó las montañas minutos antes de comenzar su descenso hacia Santiago. Puede que pensara en Pichón cuando, la tarde del día de mi llegada, caminé solo por las calles de Santiago y tomé el funicular para subir al Cerro San Cristóbal. No pensaba en Pichón cuando me encontré con Hans-Cristoph y subimos por las empinadas escaleras que conducen a la cima del Cerro Santa Lucía. No pensaba en Pichón cuando bebí mi primer pisco sour en las cercanías de un cine de arte y ensayo. No pensaba en Pichón cuando compré *La flor inexistente* de Miguel Serrano en una tienda de libros usados y no sabía si debía o no sentirme avergonzado y culpable. A Hans-Christoph le habían servido galletas en forma de cruz gamada cuando había entrevistado a Serrano en su viaje anterior. No pensaba en Pichón cuando fui al cine con Hans-Christoph para ver *Días de campo*, la nueva película de Raúl Ruiz. No pensaba en Pichón cuando asistí a la cena ofrecida por el gobierno a los filósofos que participaban en el Día Mundial de la Filosofía (signo de exclamación). No pensaba en Pichón cuando, sentado en una mesa

con un famoso escritor chileno y su esposa alemana, les pregunté por Serrano y vi cómo, por un instante, mi pregunta los tomó por sorpresa. No pensaba en Pichón cuando justo antes de intervenir en el coloquio pedí un güisqui y me sentí examinado por el serio Predicador Negro que vestía con demasiado elegancia y se hospedaba en un hotel mejor que el mío, pagado probablemente de su propio bolsillo. No pensaba en Pichón cuando el filósofo italiano tocó mi mejilla, un gesto amigable de reconocimiento, como si inclinara su sombrero ante un compañero diablo. Puede que pensara en Pichón cuando me llevaban por la Panamericana al final de la tarde y cada detalle del paisaje aparecía con claridad y viveza. Regresábamos de una excursión a un Valparaíso nublado y lechoso y Hans-Christoph me animó a tirar un pedazo de papel encerado por la ventana. Seguramente el helado que había comprado en una gasolinera venía envuelto en él. No pensaba en Pichón cuando, leyendo los nombres de las calles de Santiago, tuve la sensación insólita de ser transportado de vuelta a un pasado español hosco y rígido. Las calles llevaban nombres como Monjitas y Huérfanos. Para quienes han vivido en Santiago toda su vida estos nombres no significan ya nada, son más bien puros nombres, por así decirlo, designadores rígidos de las calles, a no ser, claro, que los regímenes políticos cambiantes hayan seguido alterando estos

nombres, caso en el cual la insistencia de la población en continuar utilizando un nombre, oficialmente extraído de las señales y los mapas locales, da testimonio tanto de lo olvidadiza que es con respecto a los significados como de su resistencia al nuevo programa. La repetición constante de la palabra "recuerdo" la convierte en nombre, en fórmula trillada o encantación de la banalidad, en un lugar común. Para mí Monjitas y Huérfanos, los nombres de dos calles situadas en el centro mismo de Santiago, son los nombres de calles vacías, y por lo tanto nombres de nombres. Estas calles recorren la ciudad que aparece al final de *La flor inexistente*. Es una ciudad compuesta de edificios ordinarios con rasgos inesperados, todos ellos desocupados. Ya ves, no pensaba en ti.

Recuerdo que consultabas tu móvil sin cesar.  
¿Quién estará pensando en ti?

Recuerdo imaginar cómo, cuando salías temprano de la oficina un viernes y tenías el lunes libre, o el lunes era día festivo, decías a tus colegas: "Nos vemos el martes." Era una frase convencional que te salía con naturalidad, pronunciada por la voz límpida de un joven inocente. "Nos vemos el martes, Pichón", respondía el coro con el mismo desparpajo aprendido.

Recuerdo que Jared me instigó a continuar tras leer las primeras veinte páginas de *El año académico*. Él pensaba que te sentirías sobrecogido y expuesto si llegabas alguna vez a leer mis memorias. Y recuerdo que la frase "Recuerdo que me diste una tímida y remilgada mamada" le pareció cruda. Es la palabra que usó. ¿Te resulta difícil tragártela? Tuve que pedirle a Jared que leyera las primeras veinte páginas de *El año académico* porque ya no podía soportar la sensación de adentrarme en el abismo en el que te habías desvanecido o que me habías desvelado.

Recuerdo que a mi regreso de Santiago, Elizabeth llegó y se quedó en mi "piso elegante". Te avisó con poca antelación pero aceptaste verla. Sabías que ella era un emisario y te excitaba la posibilidad de recibir y enviar mensajes. Después de la reunión la acompañaste de vuelta a mi oficina, en la que todavía no habías estado.

Recuerdo preguntarme si la erección permanente de Trucón era el legado de Pichón o si la erección permanente de Pichón era el legado de Trucón.

Recuerdo que Trucón borró mi nombre del directorio de su móvil al menos una vez.

Recuerdo que Trucón no quería tener que acordarse de mí.

Recuerdo hacer una llamada entre San Pablo y Santiago. Te habría llamado también si me hubieras dado el número de tu móvil antes de mi partida. Me lo diste al empezar las vacaciones de navidad. Nunca llegué a aprendérmelo de memoria. En los meses siguientes, cada vez que un número de móvil aparecía en la pequeña pantalla de mi propio teléfono pensaba que la llamada podía haber sido tuya. Apunté el número en mi nueva agenda verde que compré en Venecia entre navidad y año nuevo. En la misma tienda había querido comprar un pequeño teatro con figuras móviles hechas de papel grueso. Pasábamos por ahí todos los días de regreso al Gritti. Pocos meses después taché tu nombre y tu número de teléfono. También borré tu número del directorio de mi teléfono y luego volví a grabarlo. Si tuviera que usarlo ahora, tendría que descifrar el número tachado en mi agenda verde. Mi agenda verde remplazó a mi agenda azul, comprada hace quince años en Madison Avenue. En esa época estaba enamorado de Louis y hacía tanto frío en Nueva York como en Venecia quince años después. Cuando empiezo a escribir direcciones y números de teléfono en una agenda nueva me prometo ser muy selectivo para no tener que tachar direcciones y números telefónicos en el futuro y así arruinar mi nueva agenda.

Recuerdo a Uriel previniéndome contra Trucón. Hay allí un punto oscuro terrible, dijo, del que seguirán brotando tus pesadillas, como también una serie interminable de amigos adicionales nunca antes mencionados. "No quiero hablar de eso." Trucón era vehemente. Me había hablado por primera vez de Exótica y su inminente matrimonio y estaba insinuando todavía otra relación o "lío" irresuelto. ¿Había sido objeto de abuso en el seminario? ¿O estaba diciendo que disfrutaba ser penetrado por El Gran Bufón? Para Lacan, éste es el lugar del amor al prójimo.

Recuerdo a Trucón arrepintiéndose de haberme dado acceso a tantos aspectos de su vida, por muy pobre que resulte mi botín. "Eso es lo que pasa cuando uno confía en alguien. ¿Por qué seré tan crédulo?" Asqueado, Trucón tira su ejemplar de *El año académico*.

Recuerdo que Pichón tenía rasgos de clase humilde que me enternecían. Se mostraban en algo de brusquedad y de decisionismo terco. "Te paras o te paro yo." ¿Era Trucón quien hablaba? Recuerdo que Trucón tenía rasgos de clase humilde que se expresaban en su ambición de triunfo. ¡Mi corazón pertenece a Pichón! ¿Cómo sería pasar un fin de semana en la casa de sus padres y conocer a las hermanas que le habían demostrado su "apoyo"? "Pertener a una familia es casi un pleonismo pues las familias se

definen en términos de pertenencia. Los gays quieren que Pichón y Trucón hagan pareja. Pero Pichón y Trucón no pueden hacer pareja. Y quieren que Pichón y Trucón hagan pareja en razón de la sexualidad. Pero la sexualidad no sabe de pertenencia. De donde la torpeza." "¿Es que no pueden amarse?" "Esto significa que ya no se refieren a sí mismos como gays, o que la definición es ahora secundaria." ¿Cómo pueden hacer pareja Pichón y Trucón?

Recuerdo que Hilary me regañó por no haber reconocido tu lucidez. Tenía que haber sentido agradecimiento por ti. Tú habías entendido que no podíamos hacer pareja y que no había futuro para nosotros. Así el que se había convertido en Trucón era yo, no tú.

Recuerdo pasear por las calles de Londres un viernes por la tarde y observar tus idas y venidas en mi pantalla interior privada. Habías hablado con un amigo por tu móvil. Habías quedado en ir al cine. La película *En terreno vedado* te había conmovido hasta las lágrimas. *Piratas del Caribe* te había puesto en trance. Habías conversado con un acompañante sobre la película. Te habías tomado un trago en un pub gay. Te habías ido solo a casa. O habías ido a una discoteca con tu amigo y habías conocido a un extraño. O habías ido solo a una sauna. O te habías ido con tu amigo a su casa.

Recuerdo una noche en Nueva York cuando ví una película llamada *La Leyenda del Jinete sin Cabeza*. Se lo dije a Jared. Contestó: "Antes estaba dispuesto a pasar el tiempo con Johnny Depp, pero si sigue actuando en películas como esa..."

Recuerdo estar de pie ante la ventana que daba a la plaza. Louis había salido a buscar una botella de vino. Recuerdo que mientras estaba allí recordé cómo había estado en el mismo sitio antes, incapaz de imaginar que algún día estaría esperando a que Louis apareciera en la plaza. Eso sentí también con Pichón. La dificultad en contar una historia es que necesita un comienzo y un fin, y que justo por eso excluye un "antes" y un "después."

Recuerdo que tenías unas manos grandes y fuertes.

Recuerdo que Elizabeth y Pichón estaban en mi oficina. Enseguida hicimos proyectos para que Pichón viajara conmigo a Australia en el otoño del año siguiente. Yo sugerí que algún día podíamos ir a tomar algo. Luego salimos de la oficina porque yo tenía cita con mi barbero. Caminamos por el corredor. Elizabeth se quedó atrás y nos observaba. Dijiste que te hacías cortar el pelo por un argelino loco que hablaba francés. Elizabeth pensó que parecíamos una pareja muy simpática. "Él es joven. Otras personas se aprovecharían fácilmente de él. Pero él se da

cuenta de quién eres tú y eso es lo único que importa." Yo me había enamorado de ti.

Recuerdo que al día siguiente me topé contigo por azar. Te acompañaba un joven estudiante chino con una sonrisa china. Me viste y dijiste: "Te quedó bien el pelo." Pensé en la vez en que dijiste "buenos días" en voz baja, parado justo detrás de mí al comienzo de una pesada reunión.

Recuerdo pensar que nos haríamos cómplices. Me gustaba que no fueras ni docente ni estudiante, y que, a todas luces, *supieras* lo que significaba ser un administrativo, así como yo *sabía* lo que significaba ser docente, o al menos creía saberlo.

Recuerdo pensar que eras un joven serio y que yo era un hombre serio de mediana edad que se sentía como un niño entre adultos. Los dos juntos haríamos el tonto y eso estaría bien. ¿No seríamos la ideal pareja dispareja? Lo disparejo sería visible al mundo. No así su idealidad. Sería nuestro secreto. Tú: joven y delgado. Yo: viejo y gordo. Tú: dulce y bobo. Yo: retorcido y lúcido. Tú: simplón y amanerado. Yo: imaginativo y elegante. Tú: un saco de sorpresas. Yo: un saco de mierda. ¿Quién lo hubiera pensado?

Recuerdo que todo ocurrió rápido y muy seguido en los últimos días antes de que empezaran las vacaciones de navidad. Cada

plano provocaba un contraplano. Encontré en mi casilla la tarjeta navideña de Pichón que provenía del Terence Higgins Trust. Le mandé una tarjeta animada de Lufthansa después de haber diseñado las imágenes y compuesto la música en línea eligiendo entre diversas opciones. Entonces Pichón me envió otra tarjeta animada con un pavo cantando. Llamé a Pichón y me dio su número de móvil. Yo me iba a Alemania y después a Venecia. Él iba a casa a visitar a sus padres y amigos. Decidí que no lo llamaría hasta el día de año nuevo. Pero me fui con el número de Pichón en el bolsillo. Lo vi en la playa, encuadrado como en un plano general que muestra a la hija irlandesa.

Recuerdo que Elizabeth creía que todo podía terminar bien cuando nos despedimos en Paddington.

Recuerdo que al final del año académico Rut sospechaba que Elizabeth me había dado cuerda. Y que Elizabeth quería que yo me comportara según mi sentimiento, aunque implicara ponerme en una posición difícil. Y que Corinna no creía que yo me sintiera como decía sentirme. Y que Gilbert se negaba a hablar de ti y se había negado a hacerlo desde que yo, a su parecer, me había pasado de la raya. Y que ahora, al final del año académico, no había modo de contenerme. Y que seis meses después de su advertencia inicial Trucón me contuvo, o trató de contenerme, al

averiguar qué debía hacer para presentar una queja. Y que Jared dijo: "No debería sorprender que un administrativo reaccione como administrativo." Y que las cosas habían llegado a su fin. ¿O no? Un final impuesto no es más que otro final más. El arte se extiende de fin a fin. Pero ¿no podía yo reconocer un final en el final que me había sido impuesto y aceptar el final impuesto como un final? Quizás el arte triunfa sólo allí donde logra dejarme ver un final así.

Recuerdo considerar *El año académico* mi "novela del corazón", como le dicen en Francia, o mi "novela rosa", como le dicen en España. Pero entonces escuché la voz del amigo: "¿Acaso has escrito *otra* novela romántica?"

Recuerdo que me mudé a un piso cercano, a dos manzanas del antiguo. Ahora que ya no caminaba por la misma calle al regresar a casa, no podía ver más el cielo extenderse de pronto sobre mi cabeza. ¿Te mostré lo que me estaba perdiendo? Por teléfono me habías deseado buena suerte con la mudanza. Durante una cena en The Salthouse le pregunté a Carolyn: "¿Será posible que haya encontrado piso nuevo y a Pichón?" Ella estaba a punto de irse a vivir a Gloucestershire.

Recuerdo que en octubre o noviembre tuviste una reunión con tu jefe para pasar revista a tus logros como administrativo. Por lo que

pudiste entender era probable que llegaras a convertirme en el asistente del nuevo decano. ¡Pichón sube al cielo!

Recuerdo mi estancia en Venecia. No me permití enviarte una postal ni comprarte un regalo. Después de todo, tenía tu número de teléfono en el bolsillo y no había necesidad de exagerar. No, eso no fue lo que pensé. Simplemente no había necesidad de que hubiera necesidad de esto o lo otro. Ni tú ni yo habíamos dado un mal paso. Pero soñaba con regresar contigo a Venecia en febrero, hospedarme en la misma habitación del Gritti y asistir a una representación de *La Valkyria* en La Fenice. "Cómo me gustaría poder ya comprar las entradas..."

Recuerdo que te llamé el primer día del año al atardecer. Reconociste mi voz de inmediato. Te deseé un feliz año nuevo. Y decidimos que nos veríamos durante el fin de semana. Tú me llamarías el jueves, tu primer o segundo día de trabajo. ¿Añadiste "me tengo que ir" al final de la conversación? Llegó el jueves y me sentía tranquilo. Había comenzado a preparar un ensayo sobre el amor al prójimo. Me enviaste un correo electrónico diciendo que, si lo leía antes de que hubieras llamado, entonces hablarías conmigo durante la hora del almuerzo. Llamaste. Y acordamos vernos el sábado a las dos y media

de la tarde, a la salida de la estación de metro en Hampstead.

Recuerdo que quería ver de nuevo a Pichón. Trucón era una bestia que yo había librado de sus cadenas sin darme cuenta. Traté de aferrarme a este pensamiento durante varios meses.

Recuerdo tener consciencia de las limitaciones que me impondría si escribía *El año académico* en inglés. Sería una regresión voluntaria o hasta un acto de vandalismo. Tendría que pedirle a algún amigo que me corrigiera los errores. Pero tú y yo nos habíamos comunicado siempre en inglés, así que en realidad no había otra opción. Quizás un día leerías el texto en voz alta con consonantes bien marcadas y lo grabarías para mí. ¿No sería ésta una señal de reconciliación?

Recuerdo lucir mis nuevas zapatillas Todds por primera vez en el Gritti. Y comprar un costoso pullover Missoni en la Calle Vallarosso. Y sentirme tentado por la idea de escoger una bufanda o una gorra de lana para tí.

Recuerdo que Corinna hablaba siempre de mi "ligue de una noche" para hacerle eco al asco de su padre ante las mujeres que asumían que la atención de un hombre era una clara señal de que estaba dispuesto a casarse con ellas.

Recuerdo que podías ser fuente de inspiración. Algo que habías dicho o hecho cruzaba por mi mente mientras daba clase y yo aludía a ello en el contexto menos esperado.

Recuerdo cuánto me enfureció la descripción de Corinna. Un "ligue de una noche" que lo es tan sólo al mirar atrás no es un "ligue de una noche."

Recuerdo que eras un tipo común y corriente que en vez de disfrazarse para imitar a Kylie Minogue bien habría podido ser hetero y vestir una camisa Ben Sherman los fines de semana. El mundo no habría notado la diferencia. Sospecho que al Tímido le encanta ponerse la boa. Él escuchaba comprensivo pero se mantenía a distancia. "Nunca te enredes con alguien del trabajo." Pero luego el mundo casi nunca nota una diferencia. Jared piensa que a estas alturas el lector ya debe estar harto de los recuerdos que insisten en lo común de tu ser. Cabellos Agonizantes Cabellos Teñidos se viste siempre como si estuviera a punto de recostarse en un piano de media cola y ponerse a cantar, pero eso es lo último que se le ocurriría a una maestra de escuela. Recuerdo que Trucón perdió sus gafas. Éste es un recuerdo que no tiene ningún valor para la mayoría de lectores. ¿Querrá Jared que los recuerdos se conserven?

Recuerdo que hace muchos años le pregunté a Giorgio si para él era también imposible estar enamorado de alguien y al mismo tiempo sentirse excitado ante la imagen del amado. A la hora de masturbarme Pichón no se clasificaba para el repertorio de fantasías. Estaba conmigo de carne y hueso, por así decirlo, no como una imagen. Con Trucón las cosas eran distintas, aunque para calentarme tenía que imaginármelo gozando con un tercero. Trucón sabía que yo terminaría por humillarme si me dejaba ver el desfile del Gran Bufón.

Recuerdo no poder recordar si había tenido dudas antes de la metamorfosis de Pichón. "Quizás el pavo cantor sea demasiado mono para que haga gracia de verdad." "¿Sabrá Pichón cómo comportarse en un restaurante o un hotel?" "¿De qué hablaríamos si pasáramos juntos un día entero?" "¿Hay alguna diferencia entre canturrear 'me diste en la boca un beso y aún me quema Mari Cruz,' y trabajar tranquilamente escuchando la banda sonora de una película llamada *La última primavera*?" La materialización de Trucón pudo ser una materialización de mis propias dudas anteriores.

Recuerdo que llegaste cinco minutos tarde.

Recuerdo que Trucón nació cuando recibí un correo electrónico tuyo que decía: "Tenemos que

hablar." Venías de pasar la noche conmigo. Trucón no respondió a mis llamadas telefónicas.

Recuerdo que te sentiste obligado a justificar un retraso que yo apenas había notado.

Recuerdo que ésta no es una historia trágica sino una historia infeliz. Mirar por la ventana durante el despegue puede ser una experiencia vivificante. Pero también me puede resultar indiferente si el avión se alza y sigue ascendiendo o se desploma y cae a tierra.

Recuerdo que lo primero que me dijiste es que habías estado hablando con el agente de relaciones públicas en tu móvil porque él había conocido a alguien antes de navidad. Estaba "encaprichado". Y recuerdo que te ibas a ver con él al día siguiente para conocer los pormenores de la historia.

Recuerdo preguntarme si te referías a mí de manera oblicua o si estabas estableciendo una vida paralela.

Recuerdo que no sabías por dónde ir en Hampstead.

Recuerdo que por la mañana decidí ignorar tu correo electrónico y el hecho de que no hubieras contestado a mi llamada telefónica. ¿Por qué había de inquietarme si no tenía razones para suponer que Pichón era capaz de convertirse en Trucón? Te escribí y te invité a

pasar la velada conmigo y mis amigos después de mi lectura inaugural.

Recuerdo que fuimos de paseo al Heath. Yo había recorrido el mismo camino con Elizabeth en noviembre. Por la mañana había limpiado mi piso y había visto la segunda mitad de *Las Vegas, 500 millones*, la película de Isasi. Tú sabías lo que ganaba cada mes por haber consultado mi ficha. Habías sacado prestado mi libro sobre el SIDA pero te había parecido muy difícil de leer. Y pensabas que yo tenía un aura.

Recuerdo tus palabras: "No quiero una relación y tampoco me gusta sin compromiso." Pichón o Trucón, ¡siempre hay uno que es un burlón!

Recuerdo pedirte que te pusieras tu sotana durante mi lectura inaugural. ¿Será porque había descubierto en Venecia un calendario con sacerdotes posando?

Recuerdo sentirme herido y decírtelo.

Recuerdo que quería saber por qué habías dejado el seminario y que tú evitabas el tema. Y que no llegué a tener claro si habías perdido la fe o no. Pero no me sentía impaciente.

Recuerdo que no asististe a mi lectura inaugural y que nunca pude verte vistiendo sotana.

Recuerdo que compramos dos pedazos de pastel de chocolate y plátano en Gail's.

Recuerdo que mis amigos trataron de tranquilizarme. Según Corinna y Elizabeth era ya demasiado tarde. Según Eva y Stefan atravesábamos una zona de turbulencias justo antes de alcanzar la altitud de crucero. Había comenzado a construir mi sistema en red.

Recuerdo que al comienzo planifiqué esta escena como un *travelling* largo e ininterrumpido porque era la primera vez que no tenías que salir volando. Y que me quedé al final con una serie de instantáneas.

Recuerdo que me convencí de que había sido todo un malentendido y de que teníamos que hablar. ¿Pero admitiría yo que tu respuesta fuera un "no"? Hablo de un "no" que no fuera un "sí" virtual. Un "no" así tiene que ser un "no" imposible de comprender. En el segundo trimestre del año académico Trucón no decía ni que "sí" ni que "no". Para mí, seguía diciendo que "sí". Para casi todos los demás, no tenía manera más clara de decir que "no."

Recuerdo que nos subimos al autobús que baja por Fitzjohn's Avenue y que nos vi desde afuera, sentados el uno junto al otro como dos escolares aplicados.

Recuerdo que la noche del jueves salimos a caminar en la oscuridad. No exigí explicaciones ni te reproché tu comportamiento. Deseaba que volvieras a mi sofá blanco.

Recuerdo que no tenía tazón para ti pero que después compré uno que usaste una sola vez.

Recuerdo que hablaste de una "verdadera conexión". Y que me preguntaste: "¿Vendrás a la reunión mañana por la mañana?" Los organizadores de un coloquio en Copenhague te habían contactado en otoño. ¿Estaría yo dispuesto a participar en el proyecto? Había aceptado contribuir a la preparación y al acontecimiento sabiendo que así podría pasar tres días contigo en otro país. Entonces Trucón mostró su fea cara y me negué a seguir adelante. Sabías que tu prestancia institucional se vería afectada si te dejaba en una posición en la que deberías justificar mi ausencia. Todo dependía de qué palabra había tenido para ti mayor peso, "conexión" o "verdadera". ¿Estaba de nuevo en contacto con Pichón? Como queriendo hacer tus palabras más palpables, apretaste firmemente mi mano en el andén de la estación de tren.

Recuerdo que no te animabas a mirar las fotografías de Pierre y Gilles.

Recuerdo que Trucón era el lugar común malo, Pichón el bueno.

Recuerdo que no escuchabas con atención cuando te leí "La caja". Había tratado de prestarle ojos a la fotografía que colgaba sobre tu cabeza. Pero no querías que te mirara desde la página que yo sostenía.

Recuerdo tomar unos tragos contigo en un pub para celebrar tu liberación. Ya no te sentías "atrapado como una mosca". Claro que no tenías mucho tiempo disponible, apenas suficiente para contarme algunas de tus cosas favoritas: que te sacaran una foto en un pub del ambiente y que la publicaran en una de las revistas que regalan en los establecimientos especializados; asistir a una fiesta con karaoke un viernes en la noche y emborracharte; tomar el sol en una playa nudista gay; conseguir un buen lugar entre la multitud para ver un enorme autómeta disfrazado de elefante. ¿Tuve ocasión para contarte algunos de mis propios pasatiempos favoritos, como navegar por la página web de Lufthansa sin mayor razón; ver películas sobre accidentes aéreos; quedar obsesionado por los ruidos que los vecinos hacen o dejan de hacer; levantar ligeramente el trasero por la noche en la cama y soltar pedos para irritar a la pareja que duerme en el cuarto de abajo; jugar con fuego de puro aburrimiento?

Recuerdo que caíste en desgracia con Rut porque no se te había ocurrido nada tras recibir un ejemplar de *Pablo*. Incluía un texto llamado

"El arte de escribir un anuncio personal después de los hechos" y estaba basado en un correo electrónico que yo te había mandado unos meses antes. "A los poetas incircuncisos nos gusta que nos la impriman de vez en cuando," escribe James Schuyler en una carta a Frank O'Hara.

Recuerdo elogios y compartirlos contigo. El Lagarto dijo que mi artículo era "muy O'Hara" (a quien nunca había leído), el comisario de exposiciones que era un reflejo de su propia vida (de la que no sabía nada).

Recuerdo la frase con la que Claire resumió el asunto: "Está buscando distracción."

Recuerdo que estuvimos sentados en mi sofá blanco toda la tarde. Cuando dejamos de tomar café y comenzamos a tomar güisqui cerré las cortinas. Bebimos Laphroig en unos vasos de cuello alto con falsas monedas romanas pegadas encima.

Recuerdo haber estado rebotando de ideas durante la reunión con el danés. Insististe en acompañarme escalera abajo hasta la puerta de salida y dijiste que me llamarías durante el fin de semana. Yo había sugerido que persiguieras tu auténtica vocación y que presentaras tú mismo una ponencia. ¿Qué diferencia había entre mi comportamiento y el tuyo cuando decidiste invitar al Gran Bufón? Quizás te creía capaz de presentar la ponencia que tenía en mente. Quizás

tú creías que El Gran Bufón sería el nuevo líder intelectual y político que la universidad necesitaba.

Recuerdo que no hablamos de política. Y que tú me hablaste de los años en los que habías estudiado teología y filosofía medieval.

Recuerdo que pocos meses después yo perseguía a Trucón por haber secuestrado a Pichón. En una página web de la universidad una cita tuya afirmaba que los estudios de filosofía y teología pertenecían al pasado remoto de tu vida. Ahora habías cultivado unos "gustos" más "exóticos". Me sentí provocado por tu afirmación y casi compulsivamente colgué un mensaje en la misma página. Hoy me arrepiento de mi falta de control. Debí ser más generoso. "Hubo una época en que la filosofía era algo que uno descubría, no aquello que uno deja atrás."

Recuerdo que a las ocho dijiste que ya tenías que irte.

Recuerdo que llegado el martes no habías llamado todavía. ¿Te había ofendido acaso mi sugerencia? Me reproché mi condescendencia y mi paternalismo. Yo te amaría aunque no presentaras una ponencia sobre imagen e imaginación en la Edad Media. Otra vez te sentías "atrapado como una mosca".

Recuerdo que acabábamos de llevar los vasos a la cocina cuando decidí lanzarme al agua. "Hagas lo que hagas, no seas tímido con Pichón." Ésta fue la recomendación de Elizabeth.

Recuerdo que el desespero causado por Trucón tuvo un efecto inesperado. ¿Quién me ayudaría a entender cómo funcionaba la mente de un muchacho de veintiséis años? Llamé a Jared con quien no me hablaba desde hacía años. Allí comenzó una amistad maravillosa. La próxima vez que Rut me pida que escriba algo para ella el título que le pondré a mi texto será "Mis Resurrecciones".

Recuerdo que me besaste con gran pasión. Y que enseguida tu boca se abrió por completo y que tu lengua penetró en lo profundo de la mía.

Recuerdo que mi fin de semana terminó el domingo a medianoche. No habías llamado, así que Pichón se convirtió en Trucón por segunda vez y yo me convertí en un sapo. Fue en un sueño que una mujer de mediana edad, fea y acomodada, me miró, punzó a su esposo en las costillas y susurró "*Der Frosch!*" La escena transcurría en los años sesenta en un pequeño pueblo suizo. La mujer tenía dientes de conejo y vestía un traje gris y un sombrerito. Pronunció el sustantivo marcando la consonante como si hubiera pronunciado el nombre de Trucón. Atrapado aún en mi sueño, tuve la impresión de

haberlo inventado sólo por inventar un sueño. Su contenido parecía demasiado obvio para merecer un comentario tras despertar.

Recuerdo que me pregunté si habrías aprendido ese comportamiento viendo una película porno gay. Me gustó.

Recuerdo que resistí hasta el martes. Entonces te llamé. Lo hice a pesar de los consejos recibidos. Creía que el mensaje nítido y amable en el que me habías anunciado que no volverías a acostarte conmigo y que anhelabas una maravillosa amistad había sido escrito por otra persona, quizás por parecer un ejemplo tan perfecto del uso de lugares comunes, empezando por el lugar común del administrativo. ¡Cuánto trabajo debiste dedicarle a ese mensaje, y cuán orgulloso debiste sentirte al final! Era claro, no dejaba espacio a ambigüedades, pero aún así se había hecho un esfuerzo para no herirme. Hasta me recordabas que yo te "gustaba". Con razón siempre insistías en el aspecto pastoral de tu empleo. "Después de acostarme con alguien, me pregunto hacia dónde vamos." De una reunión debe surgir un resultado. Ésta fue la paráfrasis de Elizabeth. Todas las grietas estaban recubiertas, como es característico en un despliegue de lugares comunes. ¿Acaso no puede uno aventurarse, luego arrepentirse y decidir que no quiere seguir en la misma dirección? ¡Dame un respiro!

Recuerdo que farfullaste: "Lo tenías todo planeado." Si es así, no sé todavía cómo terminé por armarme de coraje para derrotar mi miedo al rechazo.

Recuerdo que no tuve que humillarme a mí mismo. Propusiste que nos viéramos pronto. Yo me comporté como si no hubieras hecho ya la misma propuesta pocos días antes para dejarme entonces esperando a que el teléfono sonara. Entre enero y mayo dejé de contar las veces que habías dicho que llamarías, siempre con la convicción de quien cree en las cosas que dice, descuidándote luego de hacer la llamada prometida.

Recuerdo que nos sentimos a gusto en mi sofá blanco. Nos besamos. Lamí y chupé tus dedos. Puse la cabeza en tu regazo. Me desabrochaste el cinturón. Bajé la cremallera de tus vaqueros y apreté la boca contra el bulto duro en tus calzoncillos blancos. Mi mano trepó por tu estómago pero no pudo acariciar tus pezones porque parecían ser más lisos de lo común. Descubrí que eras circunciso. Te inclinaste hacia mi pubis. Nos tocamos *sub specie aeternitatis*, por así decirlo: la eternidad del lugar común. Eso me permitió seguir tocándote sin otra justificación. De donde mi estado de júbilo. Todo se vuelve lugar común bajo el aspecto de la eternidad. Hay que distinguir entonces entre el lugar común que opera como despliegue disimulador y aquel que,

por el contrario, lo hace como despliegue revelador.

Recuerdo que, al tocar tus nalgas, no tuve la misma sensación de calor que al tocar tu barriga. ¿Por qué no siento el calor de mi propio cuerpo como siento el calor del cuerpo del otro? Hay una diferencia entre la masturbación y el sexo con un extraño.

Recuerdo que esperaba verte el domingo. Primero acordamos ir juntos al cine. Bajo el nuevo régimen de incertidumbre, parecía un plan sensato. La película nos daría un tema para conversar después y la conversación nos permitiría hacernos una mejor idea de quiénes éramos. Luego dijiste que no teníamos por qué ir al cine. Simplemente vendrías a mi casa. Quería tener a Pichón de vuelta en mi sofá blanco. Pero como ya había dado con Trucón, había perdido el sentido de las medidas. Ansioso, el domingo por la mañana te llamé para confirmar que estabas en camino. Era todo demasiado y seguiría siéndolo hasta el final.

Recuerdo que habían pasado tres horas cuando sugeriste que nos pasáramos a mi cama donde estaríamos "más a gusto".

Recuerdo que tomamos café.

Recuerdo que te dije que tus ojos eran bonitos y que tú respondiste: "Eso ya me lo han

dicho antes." Tu voz esbozaba una sonrisa. Era una sonrisa buena, no se trataba de una provocación. Yo lo había dicho pensando en lo que decía, como también había tocado tu piel sabiendo lo que hacía. James se pasea por las calles para hundir su mirada en los ojos de los hombres. No sé cómo se las arregla pero la idea me atrae.

Recuerdo que tomé tu mano.

Recuerdo que te dije que eras un hombre dulce y que tu respondiste: "Eso ya me lo han dicho antes." Tu respuesta llegó a ser una broma continua entre los dos. "Eres demasiado dulce," te oí decir *a ti* repetidamente. ¿Se ocultaba Trucón en el adverbio del exceso, como si Pichón no hubiera sido capaz de resistir una intimidad que debía haber resistido, o como si una intimidad consistente en dulzura excesiva estuviera condenada a convertirse en frialdad?

Recuerdo que retiraste la mano.

Recuerdo ser o bien demasiado dulce o bien demasiado hosco. En ambos casos parecía inevitable que Trucón remplazara a Pichón.

Recuerdo que dijiste: "No deberíamos estar haciendo esto." Me hiciste sufrir. "¿Sufrir? Si no amabas realmente a Pichón – y no lo amabas, pues de otro modo no habrías dudado de él – entonces tampoco llegaste a sufrir. No de

verdad." Aún así sufría. "Quizás no amara realmente a Pichón y sufría por el comportamiento imprevisiblemente previsible de Trucón, pero es que yo no tenía más que a Pichón y a Trucón."

Recuerdo darme cuenta de que el suelo de mi dormitorio no es parejo sino ligeramente inclinado. Ahora sé por qué te deslizabas hacia mí toda la noche.

Recuerdo que pregunté: "¿Por qué no?"

Recuerdo que no te habías afeitado y que tu barba naciente me rasguñó la cara. ¿No era esto antídoto suficiente contra mi excesiva dulzura? Meses más tarde Trucón parecía estar dejándose crecer la barba.

Recuerdo que tu compañero de apartamento me había calificado de "problema adicional." Yo quería que vinieras a jugar conmigo. Para ti la cosa no se reducía al sexo. Eso me gustaba.

Recuerdo que tú querías que yo te abrazara con firmeza. Ahí estábamos.

Recuerdo que tu vida te parecía demasiado "complicada" en aquel punto de tu vida. Querías irte de la ciudad y regresar a casa.

Recuerdo que te pregunté si me contarías un secreto. Se disparó la alerta. Pero al escuchar mi pregunta te sentiste aliviado. ¿Los circuncisos

tienen que usar saliva al masturbarse para evitar escoseduras?

Recuerdo que ya no estabas sentado junto a mí en mi sofá blanco. Estabas de pie junto a la ventana. Venir a verme había sido una equivocación. Querías regresar a tu piso en la quinta porra.

Recuerdo dos lugares comunes. Me susurraste al oído: "Eso ya lo has hecho antes." Mi lengua acababa de masacrar el interior de tu oreja. Luego suspiraste: "Eres un bestia." Como no había entendido lo que habías dicho, me detuve y me puse a preguntar: "¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?" Como si entender el significado de tus palabras fuera más importante que seguir haciendo el amor contigo.

Recuerdo que cuando estabas todavía sentado en mi sofá blanco, yo había dicho: "Dame un beso." Y que había tomado tu mano otra vez. Y que tú habías respondido: "Te paras tú o te paro yo." Y que yo me había quedado callado. Y que tú habías dicho al fin: "Bueno. Pero sólo uno." Y que no había sido un beso, sino un roce de nuestros labios.

Recuerdo que no sentía ansiedad por hacer una cosa y no hacer la otra, o por la permanencia de mi erección. Era un comienzo, no un "ligue de una noche."

Recuerdo que los estudiantes tontos se precipitaban para hablar con Trucón cada vez que su supervisor de tesis les decía que su trabajo era una basura. Trucón ofrecía consuelo. Él sabía cómo eran los universitarios. Se les iba el tiempo en vacaciones permanentes, mientras que él tenía que estar en su oficina cada mañana a las nueve. Para Trucón el estudiante ideal era un muchacho mono necesitado de consejo, bobo pero ambicioso. Quizás podrían ir juntos a ver el elefante.

Recuerdo que el tatuaje que te hice en el brazo era una prueba de la existencia de Dios. O eso te dije.

Recuerdo que los estudiantes inteligentes salían corriendo cuando Trucón se acercaba con una sonrisa pastoral en los labios. Trucón quería ser el amigo de los estudiantes. Uno de ellos estaba siempre de guardia. "Ojo, ahí viene." Y se desvanecían en menos que nada. Era un lugar pequeño.

Recuerdo comentarios gemelos. A propósito de un encuentro con otro administrativo: "Él no sabe qué busca en la vida. Tú pareces más preparado." Antes de salir de mi apartamento al mediodía: "¿Me volverás a invitar?" Y recuerdo un eco: "Todavía no te he invitado a venir a mi casa." Me había imaginado entrando en tu cuarto.

Recuerdo que ibas a las fiestas de la oficina organizadas por la administración en navidad.

Recuerdo que preferías ducharte solo.

Recuerdo a Trucón sacándose al muchacho pakistaní de la manga. ¿Cómo podría yo satisfacer semejantes "gustos exóticos"? Y si a pesar de su magia Trucón estaba convencido de no parecerle nunca "interesante" a nadie, ¿cómo podría yo ser la excepción a la regla sin despertar sus sospechas?

Recuerdo que el vendedor de periódicos te pareció simpático.

Recuerdo que decías una y otra vez que era injusto que tuviera que lidiar con esta mierda. Era ya tarde cuando fuimos a almorzar al Salthouse. Estaba agotado y me pareciste atractivo. Me acompañaste de vuelta hasta la puerta de mi casa. Luego saliste volando: "Tengo que lavar la ropa."

Recuerdo que te fijaste en como leía el periódico en dos segundos. Te divertió.

Recuerdo que no quería que te fueras. Mi agotamiento había despertado mi deseo. Así que hice planes para poder volver a verte pronto. Te llevaría a una cena con mis amigos John y John. El otro invitado se opuso rotundamente. A ti la invitación te tentaba bastante.

Recuerdo que tenías que encontrarte con tu amigo en un pub. Cuando te soltaste de mi abrazo y me recordaste tu cita con el agente de relaciones públicas, yo dije: "Reaccionas como una mujer." ¿Estabas nervioso por los ajustes que tendrías que hacer a tu agenda de fin de semana?

Recuerdo que, donde hay un lugar común, ya se ha producido la comunicación.

Recuerdo estar lleno de dudas cuando te marchaste. "¿No nací yo en la mitad de un círculo invisible que mantiene a los otros a raya?" Éste es el origen de la idea del "ligue de una noche". Si tenía tales dudas, no podía estar enamorado de ti. Elizabeth me dijo que no fuera tonto. Recordé una sombra grande, pesada, densa junto a mi cuerpo.

Recuerdo que temías las revelaciones institucionales a la vez que parecías atrevidamente promiscuo, siempre buscando una mirada soslayada.

Recuerdo que te llamé a tu móvil ya entrada la tarde. No, no volverías por la noche. Te vería en mi lectura inaugural. ¿Cómo dices? "Cuando el tío Ed y la prima Beverly regresan los niños se alegran y nada más. Les interesan muy poco sus personalidades o sus modos de vida", escribe Adorno en sus fragmentos de una teoría de la radio.

Recuerdo enviarte un correo electrónico la mañana siguiente. Respondiste: "Eso ya lo han dicho antes." Mientras escribo esto, cada vez entiendo mejor que hay que buscar el sentido de nuestros ires y venires en el lugar común. En aquel entonces no lo vi claro porque di por sentado que el lugar común carece de sentido.

Recuerdo enviarte otro correo electrónico después del almuerzo. Escribí: "Te extraño. Ya te lo han dicho antes, lo sé, pero no me lo has oído decir a mí."

Recuerdo a Hilary diciéndome que cometí un grave error al enviarte correos electrónicos. Mi voz comportaba una presencia que mi palabra escrita nunca llegaría a alcanzar. Hilary quiere grabarla para una película que está haciendo.

Recuerdo la cena con John y John. A Trucón lo habían desinvitado. Justo antes de salir de la casa en Greenwich, John me convenció de mandarle un mensaje repentino a Trucón. "Si me quieres, aquí estoy." Después supe que Trucón había dado un salto en su asiento al leer mi mensaje. Pero aterrizó ileso: "No es lo que quiero."

Recuerdo que medio año después de la respuesta de Trucón, que mantenía los pies firmemente en la tierra, mi mensaje repentino apareció en *Pablo*. Era un nido de gays dulces y

*Alexander García Düttmann*

un poco lelos. Había hecho pinitos en el arte de redactar un anuncio personal después de los hechos y sin embargo no había logrado conjurar a Trucón para que regresara a su agujero.

## Segundo trimestre

**R**ecuerdo mis esfuerzos por volver a establecer una inocencia perdida a través de la exageración. ¿Es posible que el pecado lleve a la redención? Si se multiplican y acumulan los errores, al final se anulan entre sí. La enormidad desaparece con el último error como si hubiera sido una desviación insignificante. Hace falta poco menos que nada para la reparación.

Recuerdo que Pichón y Trucón eran como una respuesta sin pregunta y una pregunta sin respuesta. ¿Me aferro a Pichón porque Trucón no me permite acercarme a él? "*Vade retro*, Trucón. Te reconozco en tu disfraz de pregunta perenne."

Recuerdo que antes de que el segundo trimestre del año académico tocara a su fin mi vida cambió. ¿Sería capaz de seguir adelante con la historia de Pichón y Trucón? Cuando un periodista de Melbourne le preguntó a Elizabeth qué estaba leyendo un fin de semana de septiembre, ella respondió: "*El año académico* del filósofo Alexander García Düttmann". Ella quería que el libro, una obra en marcha, adquiriese una realidad de la que yo no pudiera escapar. Si, fiel a la vida, me detuviese ahora, la escritura habría

sido un tipo de terapia. ¿Pero por qué detenerse cuando se tiene una historia que contar?

Recuerdo que hacia finales de enero yo ya no me hablaba con Trucón. Si bien pocos meses después empezaría a ver a Pichón en lugares donde no estaba, ahora mismo no podía evitar toparme con Trucón – en una reunión, en una cafetería en el campus – y desviar la mirada. Me sentía bobo porque tenía el mismo aspecto que Pichón.

Recuerdo mi ceguera. En su mansión de Melbourne el cineasta Paul Cox puso un disco de Joseph Schmidt cantando canciones alemanas. Escuché *Frag' nicht, schau' nur tief in meine Augen*: en vez de hacer preguntas tenía que hundir mi mirada en los ojos del otro. Pero nunca he sido capaz de discernir cosa alguna en unos ojos que me miran. Si las palabras provocan interpretaciones interminables, destruyen aquello que debe ser mostrado o expresado sin palabras. ¿Quería acaso que la interpretación interminable se convirtiera en nuestra forma de vida porque ésta sería entonces compartida, aunque implicara que cada uno de nosotros quedaría encerrado dentro de sí?

Recuerdo que en tus ojos había siempre algo húmedo. Me sentía ebrio.

Recuerdo que un jueves por la tarde asistía a una ponencia sin entender nada de lo que

escuchaba. Una sensación de inquietud no dejaba de distraerme. Decidí salir durante la breve interrupción que precede la discusión con el conferenciante. Eran las seis de la tarde. Si las luces de tu oficina estaban aún encendidas, llamaría a tu puerta.

Recuerdo que te habías quedado a trabajar hasta tarde. Te sorprendió verme aparecer. Durante las dos o tres semanas previas habíamos ignorado la presencia del otro cada vez que nos cruzábamos. Me saludaste con una frase bienintencionada pronunciada con claridad suficiente para que algunos colegas que todavía no se habían marchado pensaran que las cosas iban bien. No había razones para sospechar que mi visita pudiera causar disturbios en el lugar común. "¡Hace tiempo que no te veo!" Quizás también me preguntaras si podías serme útil en algo.

Recuerdo que cerré la puerta suavemente para poner fin a la exhibición de deferencia profesional.

Recuerdo decirte cómo, a mi parecer, habías interpretado para mí una obra de teatro que a pesar de mis esfuerzos no lograba comprender. Sentado en un teatro vacío, me habías mostrado un escenario giratorio. Pichón se había desvanecido de repente y Trucón había asumido su lugar. El propósito de esta imagen era reflejar

la sensación de haber sido mantenido a distancia o incluso a raya. Respondiste que no se te ocurría nada que pudiera explicarme la trama. El instinto de joven ribereño educado en un ambiente natural, expuesto a la influencia de los elementos, te había prevenido. No penetrarías en la trampa de una interpretación interminable. Yo era el viejo decadente que trataba de hacer caer al jovencito saludable de mejillas sonrosadas en el tocador de su sofocación. Te había sido concedida en gracia una constante erección bajo tu sotana y no tenías que inhalar *poppers* para que se te pusiera tiesa. Así que te negabas a tomar drogas conmigo.

Recuerdo leer la novela de Julien Green *El otro* por segunda vez porque tiene a Copenhague por escenario. Al comienzo el autor describe un mediodía tan soleado que la medianoche no habría podido ser más siniestra. Luego uno de los protagonistas dice: "¿De verdad piensas que uno sabe siempre por qué actúa de cierta manera y dice ciertas cosas?"

Recuerdo que parecías tan seguro de ti mismo. Y que de repente el actor era yo, tratando en vano de conmoverte con mis palabras. Imposible convencerte de nada. El amor no es tal que los argumentos convincentes puedan capturarlo. Pero quizás podría dar con el tono y acertar. Estaba decidido a quedarme.

Recuerdo que no pude evitar contárselo a todos. Tú no estabas ahí.

Recuerdo que al final, irritado por la insistencia lamentable del histrión que no lograba conmover más que a sí mismo, dijiste fríamente: "Yo he dejado el asunto aparcado y he seguido adelante." Esta parte de la historia siempre produce un gran efecto si logro contarla con una sequedad que denote la existencia oculta de una herida sangrante. Es cierto que fueron palabras terribles, como lo es toda constatación de los hechos que se deja de rodeos. Así nos comportamos casi todo el tiempo. Querías eximir al especialista en interpretaciones interminables de ejecutar un papel que conocía, quizás, demasiado bien. De entrada la interpretación interminable es apenas digna de fe. Está obligada a terminar con un "ni lo uno ni lo otro". Tú eras la reina, preocupada por cuestiones de hecho; yo era la princesa lacrimosa, mendigando atención.

Recuerdo tu oficina. La luz subyugada de la lámpara de escritorio y la oscuridad exterior incitaban a tu huésped a involucrarse en una conversación confidencial. La delgadez de los muros obligaba al intruso a hablar en voz baja. El jueves de mi visita deseé que tu oficina se convirtiera en un club limitado a dos miembros.

Recuerdo cómo cambió tu tamaño y cómo me hiciste pensar en una figura de cuento de

hadas. De pie junto a la ventana grande en mi cuarto de estar o sentado frente a mí en tu sillón de oficina, parecías enorme. Yo me sentía chiquito. Pero luego, de pie junto al Gran Bufón o sentado junto a él, hombro contra hombro, en la barcaza que había sido transformada en bar al aire libre, parecías tan pequeño que no pude evitar pensar: "Trucón el menguante quiere hacerse invisible."

Recuerdo que cediste y prometiste llamarme a la semana siguiente. Pero yo había sentido las vibraciones de un acorde justo. ¿Quién estaba engañando a quién? Con el paso de los meses, fuimos presa del mismo error de escucha al menos seis o siete veces. Llegó a dar la pauta, convirtiéndose en nuestro lugar común privado.

Recuerdo que Pichón me admiraba. Y que Trucón quería tirarse mi aura porque pensaba que los universitarios eran todos unos cantamañanas que nunca trabajaban hasta tarde. Pues sabes qué: ¡no estabas completamente equivocado! Yo podía levantarme durante una ponencia sabiendo que más tarde nadie me pediría cuentas. Pero tú no podías salir temprano si no habías reunido y ordenado los documentos requeridos para una reunión. El Beso de la Muerte andaba siempre entre bastidores y podía fácilmente volverse en tu contra a pesar de su afectuosidad de abuelo.

Recuerdo que tras el rechazo obstinado de Trucón mis esfuerzos por recuperar a Pichón debieron parecerle un intento obstinado de arrastrar el asunto, haciendo de mí una suerte de actor, como si mis tratos contigo hubieran estado permeados por un aire de artificialidad y vacuidad. Todo lo que yo tocaba se convertía en piedra.

Recuerdo que salimos juntos de tu oficina. Te despediste del hombre de la limpieza que había comenzado su turno y lo llamaste por su nombre.

Recuerdo que caminamos hasta la estación. Una vez más nos cruzamos con el colega americano, un tipo simpático con esposa, perdiguero de oro y casa propia. En vez de esperar conmigo en la plataforma hasta que llegara mi tren, como habías hecho pocas semanas antes, me dejaste plantado en la oscuridad y me dijiste que tenías que comprar comida en el supermercado. También me dijiste que estabas por mudarte de piso. Ahora vivirías solo en un apartamento agradable y grande mucho más cercano a la universidad.

Recuerdo que mi dulzura se volvió pegajosa. Tratamos de desenvolver con cuidado las golosinas porque no queremos que el azúcar se nos pegue a los dedos y les impida moverse libremente. Un gesto torpe y ya la hemos hecho

buena. No importa cuánto nos lamamos los dedos para disolver el azúcar, no dejan de sentirse sucios y manchados, extremidades pringosas que ya pertenecen al dominio de la mugre circundante. El azúcar nos tira hacia abajo.

Recuerdo que mis peregrinajes despertaron en ti un hastío latente, pues hacían que la memoria de una noche pasada conmigo se sintiera cada vez más como un ladrillo que querías levantar y lanzar contra mí para deshacerte de él de una vez por todas. ¡Libérate de la masa sesuda! Me estrellé contra el fondo. Tenías una erección interna, la roca que hizo añicos mi espada conquistadora.

Recuerdo el día en que llevé documentos a tu oficina con el propósito de retar a la sombra del Beso de la Muerte. Cuando los dejé en tu escritorio bajo los ojos vigilantes de Angela Lansbury, descubrí el posavasos con los muchachos semidesnudos. Me quedé muy afectado. Sin darte cuenta me habías dado a entrever un mundo de impulsividad y promiscuidad del que había sido excluido. Tuve que salir corriendo hacia el lavabo para desahogarme.

Recuerdo que tu retirada afectó tu aspecto físico. Parecías ancho de hombros, listo para

alargar un par de brazos fortachones e impedir que me acercara.

Recuerdo que antes de encontrarme con Pichón y con Trucón había aprendido una lección: que no era capaz de saltar. Este descubrimiento había aumentado mi recelo. Tenía que proceder paso a paso, avanzar de modo dolorosamente lento, y no podía evitar sentir sospechas cuando alguien me daba consejos desde un punto de vista al que había accedido con demasiada rapidez.

Recuerdo que las promesas incumplidas hicieron que la cronología se colapsara. No habías telefoneado, así que ahora el azar gobernaba mis actos. No se sucedían el uno al otro según un orden inteligible. En vez de tener en cuenta tu respuesta fáctica a algo que yo había dicho o hecho, buscaba un momento exterior a la coherencia de la experiencia, esperando que si mi manera de actuar llegaba a dar con ese momento, todo cuajaría. Llamémoslo mi nihilismo activo. La época de formación con Trucón me había transformado en el anarquista que siempre fui. La gracia sería mi número de la suerte. *Launisches Glück...*

Recuerdo que el Beso de la Muerte andaba detrás de mí para cubrirse las espaldas. Envié una carta a la administración denunciando mi falta de iniciativa en un asunto en el que yo había

hecho lo que podía. Angela Lansbury expresó sus simpatías. Y tú también en un correo electrónico. Una vez más estaba de pie bajo tu balcón, esperando que salieras de tu oficina. El Beso de la Muerte me había proporcionado una oportunidad inesperada de darte una serenata en la cruda mitad del invierno. Bajaste rápido las escaleras y trataste de devolverme mi confianza. Todos los archivos estaban guardados en tu oficina y nadie vería la carta incriminante si tú no lo querías. ¿Nos uniría para siempre una conspiración?

Recuerdo tus calzoncillos blancos y el bulto de algo colgante.

Recuerdo que la mayor parte del tiempo yo no sabía dónde vivías ni qué esperar de una habitación o un apartamento que tú mismo habías decorado. Tu oficina es lo más cercano que estuve de tu casa.

Recuerdo que me dijiste que los domingos comprabas muchos periódicos. Pero nunca te vi hacerlo.

Recuerdo que no dejabas de repetir en voz baja: "Debí irme a casa. No debí quedarme. ¡Qué tremendo error!" Ahora sabes lo que significa tirarse el aura. Le habías dado a tu vida la forma del año académico.

Recuerdo que no querías estar en Hampstead Heath por la noche porque lo considerabas un lugar peligroso. Luego comenzaste a frecuentar el bosque con la esperanza de que una estrella pop te sedujera.

Recuerdo una de mis insinuaciones extracronológicas después de que una promesa tuya quedara incumplida. ¿Por qué no tratar de conocernos mejor a través de una conversación adulta? Yo seleccionaría un tema que no tuviera nada que ver con el año académico y las maldades de Trucón. De modo que te envié un correo electrónico hecho para que te lo tomaras en serio porque te invitaba a mostrar que eras una persona sensata. Respondiste como anticipé que lo harías, o casi. Habías pasado un día entero en el exilio, sentado en la biblioteca porque la red de la oficina estaba caída desde las primeras horas de la mañana. Esta situación poco común te había permitido maravillarte ante la diversidad de las maneras de ser. Para que el mundo dé vueltas tiene que haber de todo y quien mira con detenimiento encuentra algo de interés en cada uno de los Pichones y Trucones que andan por ahí. Me resultó difícil idear una respuesta. En cierta manera habías dado en el clavo. Los lugares comunes invitan a la quietud pero yo me sentía inquieto. ¿Será que no sé reconocer lo que me ofrecen? ¿O buscaba la quietud en un lugar que fuera realmente común?

Recuerdo colgar un mensaje en un sitio de la red en el que figuraba un poema que tú habías seleccionado. El poema preguntaba: "¿No es el mundo un extraño lugar, no estamos acaso todos un poco locos?" Sabía que me había convertido en un figón que no sabe dejar las cosas en su lugar. Internet me tenía atrapado, o de pronto había sido inventado para satisfacer mi compulsión. Debiste sentir cuán obsesivo era mi comportamiento. Un mecanismo innato de alerta roja te había ordenado mantenerte lejos de mí.

Recuerdo pensar: "¡Te haré cumplir tu promesa, aunque tenga que ponerte una peluca para cubrir tu calvicie y llevarte a una cita arrastrado por los cabellos!"

Recuerdo que Pichón y Trucón vestían de la misma manera.

Recuerdo que Elizabeth me instigó a expresar mis sentimientos hacia ti y me recordó al mismo tiempo que tú sólo vendrías si venías.

Recuerdo invitarte a mi conferencia sobre el amor al prójimo. Era la segunda vez que te perdías una de mis famosas apariciones como profesor. Éramos prácticamente vecinos puesto que tu oficina estaba situada en un edificio a pocas calles de distancia del edificio en el que yo trabajaba. ¿No te habrían encantado los colores en las dos escenas de *Suena el teléfono* que proyecté para los estudiantes? En una de ellas,

Judy Holliday y Dean Martin saludan a los extraños en Times Square y los obligan a reconocer que cada uno es el prójimo del otro, al menos durante un minuto o dos, el tiempo que la gente acostumbra a esperar ante una luz roja antes de cruzar la calle. En la otra escena, juegan con los nombres de personas importantes y sustituyen el nombre de un famoso por un nombre perfectamente común. Mis prójimos se llaman Pichón y Trucón.

Recuerdo que al comienzo del año académico siguiente habías dado brillo a tu cabello untándolo con gomina después de cortarlo al rape. ¿Querías poseer un aura tú también?

Recuerdo que en la cama me llamaste el más sexy de los profesores y que tras repasar velozmente los rostros de mis colegas en mi mente –y, en la medida de lo posible, sus cuerpos– no pude decidir si tu comentario resultaba ridículo u ofensivo. Puede ser que incluso dijeras que yo "*tenía*" que ser el más sexy de todos los profesores.

Recuerdo que podía haber participado en un tour de *Neighbours* en Melbourne. Y cuánto me irritaba cuando, de niño, veía una serie de televisión muy parecida a las series americanas pero filmada en otra parte. La diferencia se hacía sentir siempre, aunque era difícil identificarla.

*Skippy el canguro* no era *Daktari*, así como Trucón no era Pichón.

Recuerdo llamarte e invitarte de vuelta a mi apartamento. Veríamos *Noches blancas* de Visconti. Te sorprendiste. Ante tamaña gentileza, no sabías cómo decir que "no". Tu apellido es un doble anagrama de la negación. "Sí" no se deja ver por ninguna parte. Pero no habrías sido Trucón si no hubieras tenido la cautela de añadir, al final de nuestra corta conversación, que confirmarías tu visita durante la mañana del lunes. Por si acaso. Estaba preparado para la treta favorita de Trucón, la promesa de una llamada que nunca llegaría. Por eso respondí: "Llámame sólo en caso de que *no* puedas venir. De lo contrario estaré esperándote." Te quedaste perplejo. ¿Qué me traería entre manos? Pensé que Visconti te dejaría perplejo *por segunda vez*, así que cualquier truco para hacerte ver la película estaba permitido.

Recuerdo que el lunes por la tarde aún no habías llamado. Así que ya debías estar en camino.

Recuerdo que carecía de lo que se requiere para llevar las cosas hasta el final, en especial en el caso de mi amor por Pichón y Trucón. Llevaba el asunto hasta cierto punto, luego me echaba para atrás como para indicar que ambos sabíamos que se trataba de un juego. En el fondo

nos amábamos, ¿o no? Por supuesto tú eras incapaz de apreciar la estética de mis movimientos. Quizás te decepcionaba la debilidad que detectabas en ellos.

Recuerdo que nunca tuve un ataque por causa tuya. No, me equivoco.

Recuerdo que te llamé a tu oficina con una excusa poco convincente. "Estoy comprando la cena. ¿Te parece bien champaña y caviar?" Mi llamada hizo que te lo pensaras dos veces. "Sí, sí. Estaré allí en un par de horas." ¿O fue porque me olvidé del vodka? Había decidido que cenaríamos al estilo de *Noches blancas* antes de ver *Noches blancas* y que luego pasaríamos la noche en blanco tumbados en mi sofá, que también era blanco.

Recuerdo haberme preguntado más de una vez por qué razón los idiotas siempre huelen algo cuando pasa algo raro.

Recuerdo que fuiste a mi cuarto de baño antes de que hiciéramos el amor. Mi picha y mi culo estaban limpios. Había pasado todo el día poniendo las cosas en su sitio. Y una película de orín en el glande sale fácilmente con un lamido. De haber sabido que ésta sería mi única vez con Pichón habría prestado mayor atención a tu trasero, pues mi aprecio por el beso negro ha sido documentado en todos los lugares que

vienen al caso. Tu pompis es también tu archivo. ¿Fue Clair quien te llamó "la mierdecita"?

Recuerdo pensar que Pichón era la clase de tipo que pide vodka con zumo de naranja cuando lo que hay que pedir es Campari con zumo de pomelo recién exprimido. En el tranvía que hace poco me condujo hasta St. Kilda, traté de recordar si la primera vez que tomé esta bebida fue en el Prince of Wales.

Recuerdo que dos horas más tarde aún no habías llegado. En un correo electrónico me informaste que, a pesar de todo, no vendrías porque tu hermana quería presentarse a una entrevista de trabajo y te había pedido que la ayudaras a renovar el diseño de su *curriculum*. Conviene tener un pequeño administrativo en la familia. Habías extraviado mi número de teléfono. Ahora qué hacía yo con champaña y caviar, mejor dicho con *blinis* y salmón. ¡Maricón!

Recuerdo el último curso que dicté para estudiantes de pregrado. A buena parte de ellos el seminario les importaba una mierda, así que decidí divertirme con los que lo apreciaban. Modifiqué el programa a última hora y proyecté *Noches blancas* en vez de discutir un ensayo sobre lo sublime y la vanguardia. Por la mañana te había enviado un mensaje invitándote al evento. ¿Quizás te pondrías al día si te daba una segunda oportunidad? Elizabeth se había quedado

dormida en mitad de la película, pero la noche siguiente la había visto completa y le había gustado mucho. Jared, que es oriundo de Minsk, no encuentra el DVD de *Noches blancas* que le regalé hace ya meses. Mis amigos de Lufthansa hablan de un "*no-show*" cuando los pasajeros que han hecho reservas no se presentan al registro. Un par de semanas después dijiste que habías tenido que asistir a una reunión y que por eso no habías podido venir. Y que tu hermana sí había necesitado tu apoyo aquella noche en la que me había propuesto tocarte la balalaika, aunque *sabías* que en aquel momento yo no te había creído. Pasé una noche blanca con Pichón y muchas, demasiadas noches en blanco con Trucón.

Recuerdo que te gustaba asentir con la cabeza. ¿Será por eso que me habías parecido irresistible?

Recuerdo que eras de los que dicen: "Me parece que igual dejo esto y me voy para otra parte." No importaba si te proponías hacer lo que decías o no. Era como un suspiro.

Recuerdo que durante un viaje a Australia recuperé el sentido de la movilidad que Trucón había paralizado.

Recuerdo que tu trasero era más bien rígido, como si parte de tu cuerpo se rehusara a seguirte.

Recuerdo que llegó el día de San Patricio y pasó sin más.

Recuerdo no haberte hecho nunca un obsequio, cosa bastante rara en mí.

Recuerdo que la presencia física tiene un efecto que no se puede anticipar.

Recuerdo tu sonrisa. Por un momento era posible tomarla por un gesto de burla pero al final era más grande que tú.

Recuerdo que tras haberte preguntado si te animarías o no, buscaste *Noches blancas* en google. ¿Cuál sería el destino final de Trucón? Y si la Dama de la Guadaña cargaba con Trucón, ¿me dejarían quedarme con Pichón?

Recuerdo a Ginevra dándome ánimos: "Bueno, a éste ya lo has conquistado. Eso es algo y no te lo pueden quitar. Y en el lugar de donde él vino hay bastantes más." Tercamente me obsesioné en creer que tú no habías venido de donde podrían venir todos los otros.

Recuerdo una promesa que me hice a mí mismo. No, no te permitiría arruinar cada una de nuestras ocasiones como si todo entre nosotros estuviera destinado a salir mal. En algún momento te sería imposible decir: "Te llamo el lunes" y luego no cumplir la promesa. Todo ocurriría al instante y sin dar más vueltas. Y sería un buen momento. Te irías a casa con un

recuerdo diferente de mí. Yo podría morir en paz.

Recuerdo el día en que se presentó una ocasión que resultó favorable, o casi. Te llamé desde mi oficina y te invité a tomar un trago. Dijiste que pasara a las cinco. No sabíamos que el Beso de la Muerte tenía planes para ti. Cuando llegué tenía sus ojitos rojos fijos en la pantalla de tu ordenador, con sus labios inexistentes firmemente apretados. Te obligaba a trabajar hasta tarde. "No importa, yo espero." Regresé a mi oficina como el animal paciente que a veces logro ser. En el corto viaje hasta el centro se te notaba retraído. Cada vez que con la ayuda del balanceo causado por el tren mi cuerpo tocaba el tuyo, te echabas cuidadosamente hacia un lado. El bar gay estaba casi vacío. Un viejo que vestía un traje de franela de tres piezas estaba sentado en una butaca y su mirada se dedicaba a cazar jovencitos. Los pantalones eran cortos en vez de largos, los calcetines de un blanco inmaculado y los zapatos negros. En el bar atiborrado del ICA tomamos cocteles brasileños azucarados. De repente ya no te preocupaba llegar tarde a tu cena. Decidí hablarte de mi conferencia sobre el amor al prójimo. Como vi que me prestabas atención, me puse cada vez más exuberante a medida que te hablaba. Al marcharnos nos sentíamos excitados y joviales. Caminamos lentamente hasta Trafalgar Square. Tu

compañera de apartamento te había enviado un mensaje a tu móvil: "La cena está en el horno." Cuando nos despedimos y saliste volando hacia el otro lado del río, me pediste que te llamara al regresar de mi viaje a la India. ¿Pensaste quizás que yo también tenía gustos exóticos? "Voy a anotarlo en mi agenda", añadiste entonces. Me sentí feliz porque había logrado mi objetivo. Me había librado de un peso que llevaba sobre los hombros. Y sin embargo no estoy seguro de no haber adivinado una sonrisa burlona en tu cara cuando te volviste para alejarte de mí.

Recuerdo que no te mandé ninguna postal: ni de Delhi ni de Jaipur ni de Shimla.

Recuerdo haber conocido a una alemana de cierta edad, directora de un hotel de lujo en Jaipur. Había pasado muchos años de su vida en Asia, acercándose cada vez más a Europa con cada nuevo empleo. Susanita la Asiática, como la llamaban en esta parte del mundo, había trabajado en Myanmar antes de venir a la India. Me habló con la tosquedad amistosa de un marimacho. Le habría convenido una voz ronca. Recuerdo haber conocido a un camarero italiano, zalamero pero afable, que acababa de desembarcar en un país extraño y deseaba ser transferido al Himalaya, donde la cadena hotelera disponía de un parador de montaña. Pensé que si a su edad había aceptado un trabajo en la India debía ser por algo ocurrido en su país

natal. Recuerdo los árboles en los valles y en las colinas que circundan Jaipur. En este paisaje árido que no quedaría barrido por las lluvias monzónicas hasta dentro de un mes, las hojas parecían colocadas en las ramas como si fuera con algún propósito. En lugar de formar un manto verde en el que todas desaparecían, cada una permanecía separada de las otras y reconocible como tal. Todas las hojas, y había bastantes, parecían persistir en una posición discreta y singular con respecto a las demás. Habría sido posible contarlas sin perder la cuenta. La sensación transmitida al observador era de artificiosidad. Por eso le era imposible no imaginar que el paisaje había sido creado por un decorador demasiado meticuloso. Mirando atrás me pregunto qué pensará el lector de la acumulación de inicios idénticos en *El año académico*: "Recuerdo..." ¿Y qué tenía en mente Elizabeth cuando empezó a coleccionar y grabar vasos de formas y tamaños distintos? Al final los colocó unos muy cerca de otros en el suelo encementado de un espacio grande y soleado y bautizó su obra *Cálculo del arco iris*, título que tomó de un tratado atribuido por equivocación a Spinoza. Había utilizado palabras de este tratado para los grabados. Recuerdo entrar en la agencia de viajes del hotel y hacer una reserva para un vuelo nacional con el desparpajo de un hombre que ha viajado mucho y puede preciarse de su tarjeta dorada de viajero frecuente. La mañana

del vuelo me observé a mí mismo llegando al aeropuerto, esperando en la sala y embarcando en el avión. Era testigo del comportamiento de un doble que ha tomado una decisión fatal. Recuerdo no mirar los ojos seductores que habían hecho que te transformaras en Pichón y Trucón.

Recuerdo que había pasado una semana desde mi regreso cuando recibiste un mensaje mío. Estabas a punto de salir para España con tu amigo el agente de relaciones públicas. No supe de ti hasta el final del mes. Me enviaste un correo electrónico disculpándote por tu silencio. Luego hablamos por teléfono. ¿Querías congraciarte conmigo? Me dijiste que las playas gay no eran lo tuyo. Y que te habías pasado casi todas las vacaciones leyendo una novela. Me dijiste que estabas a punto de cambiar de casa otra vez porque estabas cansado de hablar con las paredes. Y que la "vieja reinona" con quien ibas a compartir un "piso elegante" tenía talento para preparar pasteles. Te divertirías echándole una mano, pero el asunto no pasaría de ahí. Ahora sentía que debía llevarte a una playa gay en vez de hacerte resúmenes privados de mis conferencias. Te creí cuando prometiste llamar durante los próximos días. Pero ya no estaba bajo el efecto del hechizo. Me había liberado al mostrarte que estaba en condiciones de ser un

*El año académico*

chico amable. Nada podía hacer si no querías a un chico amable como yo en tu vida.

Recuerdo que dejé de llamarte por teléfono. Ya no te escribí más. El tercer trimestre acababa de empezar. Sería un trimestre de hechos.

*Alexander García Düttmann*

### **Tercer trimestre**

**R**ecuerdo que El Gran Bufón, un hombre torpe que llevaba gafas raras, andaba siempre cerca de ti. Arregló las cosas para que estuvieras sentado junto a él. Se te veía pequeño y un poco intimidado, con los ojos fijos en el conferenciante, como si quisieras convencer a todos los demás oyentes de que tu rigidez era una señal de tu interés por la ponencia y de tu deseo de seguir atentamente las palabras pronunciadas. Cuando los demás oyentes parecían ignorar por completo la presencia del Gran Bufón, él levantó los brazos y los estiró como un hombre fatigado que busca sentir su cuerpo adormecido sometándolo a tensión. Luego dejó caer el brazo derecho a cámara lenta y rozó muy suavemente tu espalda con los dedos mientras mantenía la mirada firme hacia el frente de la sala donde estaba el conferenciante. Ni siquiera parpadeaste. Tampoco te vi sonrojarte.

Recuerdo que después del almuerzo ambos habíais desaparecido. Trucón regresó primero, con el rostro enrojado por el sol. Aproximadamente una hora más tarde apareció El Gran Bufón. ¿Por qué pensé que algo andaba

mal entre vosotros? Pasó un buen rato antes de que os hablarais.

Recuerdo que te vi lucir gafas de sol por primera vez en Copenhague. Y que alguna vez me habías contado que se te habían perdido o roto un par de gafas.

Recuerdo preguntarme si la cama en la habitación del hotel no era demasiado pequeña para los dos. Las cortinas eran rojas, el color de los celos.

Recuerdo haberte jugado una mala pasada. Durante nuestra última conversación telefónica, hacía ya más de un mes, te había hablado de mi conducta en Nicosia. Habías escuchado con voracidad la anécdota traviesa del profesor chiflado, sacando la lengua de la boca sin darte cuenta. No había podido permanecer quieto y le había puesto la zancadilla a la muchacha cuyo trasero subía y bajaba con precisión mecánica. Hacía pasar el peso entero de su cuerpo de un lado al otro cuando caminaba. En algún punto el trasero se quedaría atascado y la muchacha ya no podría recuperar la posición erguida. Deben haberse preguntado por qué había mencionado a irlandeses circuncisos.

Recuerdo que antes de la cena dijiste que no conocía las últimas novedades en tu vida y que ahora estabas ocupado en la búsqueda de "flujos de energía". La expresión me sonó vagamente

new age y me hizo pensar en esas rocas supuestamente vivientes. Así que hice una broma sobre pequeñas joyas sujetadas en la punta del pene. Te pareció vergonzosa y te diste la vuelta para asegurarte de que ningún dignatario institucional hubiera escuchado mis palabras. Además, en la pantalla de tu ordenador habías puesto una reproducción de un dibujo de Leonardo en lugar de la foto de la reina. Supuse que habías ido a ver la exposición y que no lo habías hecho solo.

Recuerdo que durante la cena El Gran Bufón se puso nervioso porque no estaba sentado en la mesa de las personas importantes. Se situó justo detrás de ti, colocó su mano en tus hombros y te susurró algo al oído. Te sonrojaste, sonreíste, te levantaste, le cediste tu asiento, y desapareciste. Comenzaba la función de Copenhague. Ignoraba aún que podías ser tan buen empresario como el Gran Bufón.

Recuerdo un cambio de escenario. De *Mars Attacks* habíamos pasado a *El mayor espectáculo del mundo*. Justo antes de que El Gran Bufón te ordenara salir de escena para poder divertirnos con sus payasadas, me alentaste a que demostrara mis habilidades administrativas y hablaste suavemente al oído de un estudiante que tenía cabeza de huevo.

Recuerdo que fuiste al Apollo a escuchar un grupo musical. Pero no recuerdo su nombre. Y no me dijiste con quién habías ido.

Recuerdo estar en una calle empedrada después de la cena y mirar las barcas estacionadas en fila india. Era una noche blanca. Los hechos que me habían sido comunicados no calaron de inmediato. Me faltaba hacer la suma: Trucón y el Gran Bufón, sexo y política. ¿Y si Trucón hubiera tenido algún motivo para permitir que El Gran Bufón pagara sus almuerzos? ¿No era de pronto éste el trasfondo que Trucón se había negado a aclarar cuando aludió a un asunto que no quería discutir conmigo? ¿O no era Trucón más que un bobito tan fácil de complacer y seducir que había terminado hasta en mi propia cama? ¿No parecía de lo más probable que el constante e interminable vaniloquio del Gran Bufón le sentara de maravilla, como ir a ver los fuegos artificiales de medio pelo que no exigían una mirada capaz de discriminar y discernir? ¿Trucón participaba en la cultura sobrepasando el papel asignado a un administrativo! Y era eso lo que le había gustado cuando le habían ofrecido su empleo. La labor pastoral (galletas y tacita de té) era un suplemento de alma en el infierno de la administración.

Recuerdo una canción en una opereta alemana titulada *Zuschau'n kann I net*, no puedo mirar.

Recuerdo al Gran Bufón envolviendo tus hombros con una manta para protegerte del frío de la noche. Este barco se estaba hundiendo. Tenía que irme.

Recuerdo preguntarle a un estudiante si El Gran Bufón, tan desagradablemente heterosexual según las apariencias, era bisexual. Y preguntarme si no estaría yo loco. ¿No sería todo invento mío?

Recuerdo las calles vacías en la luminosa mañana del domingo mientras me apresuraba hacia el aeropuerto en un taxi. Quizás no tendría que esperar hasta la tarde y lograría conseguir una plaza en el primer vuelo que saldría de Copenhague. Me había olvidado de la convención del Rotary. La línea de separación entre la luz y la sombra parecía afilada como una navaja. Había contraído una consistencia incorregible. Durante la noche la ciudad se había transformado en una masa de piedra que me rechazaba, con las figuras que formaban las torres de sus iglesias irguiéndose como amenazantes guardianes. Despreciaba los cuerpos desnudos que andaban hacia las playas en el tramo entre la ciudad y el aeropuerto.

Trucón y El Gran Bufón merodeaban entre los arbustos.

Recuerdo que tras regresar de Copenhague quería que leyeras la letra de la canción *Ese hombre que tú ves ahí...* Pero en el correo electrónico que abriste figuraba la imagen de un perrito muy mono, la misma imagen que habías colgado en tu página institucional, o casi. Estoy seguro de que captaste la diferencia enseguida. El perro estaba decapitado. No te metas con un padrino, niño.

Recuerdo que denuncié tu favoritismo ante las autoridades. El Gran Bufón había recibido una invitación por iniciativa tuya para que pudiera beneficiarse de una ventaja el día de su entrevista. Tú contabas con que la comisión le ofrecería el nuevo cargo. En recompensa por tu apoyo al Gran Bufón, te convertirías en su asistente. Yo tenía que inventar cuantos obstáculos fuera posible para prevenir que los estudiantes se vieran expuestos a la influencia maléfica del poder que lo desatinado es capaz de ejercer sobre la mente. Comenzó mi descenso a los bajos fondos de la administración.

Recuerdo la reunión en la que elogiaste al Beso de la Muerte por sus leales servicios a la causa. Eras el secretario perfecto, anticipabas siempre la próxima frase del presidente, aunque también eras un poco inestable, como se vio

luego. Dudo que el Beso de la Muerte esperara algo distinto de parte de un hombre como tú.

Recuerdo la semana en que El Gran Bufón perdió el control, ahogándose en la logorrea de su blog. Y en la que tú, animado por un heroísmo amanerado, te pusiste un alfanje en la cintura y le declaraste la guerra a la administración. Te enfrentabas a lo vacío con lo superficial. Una vez más las puertas de los infiernos se abrieron permitiéndome la entrada por un breve lapso. Pero no se me permitió participar en las deliberaciones. Lo único que yo sabía era que *ellos* sabían. Por encima, nada había cambiado mucho. Quizás El Gran Bufón llevara siempre las de perder. Y quizás ya tenías previsto tomarte unas semanas de vacaciones. Podía decidir qué interpretación me resultaba más convincente. Pronto volviste a dejar el alfanje en el estante y te alineaste con los mandamases. Ya no eras la ricura del Gran Bufón. ¿La descripción de tu puesto había sido cambiada sólo por cambiar de etiqueta o te habían ascendido de verdad? Si tus fuertes habían demostrado ser útiles, la administración había podido hacer caso omiso de tus debilidades o darte simplemente un susto, casi por mera diversión. La administración se nutre de introducir un cambio tras otro y al mismo tiempo se asegura de que nada cambie excepto el alcance de su propio agarre. Habiendo aprendido a administrar tu anarquía, lo más

probable es que fueras todavía mejor como administrativo. ¿Y si me habías rechazado porque en el fondo no buscabas una manera de escapar? El chico con quien había jugado no tomaba riesgos. Poco importaba que de vez en cuando tuvieras que soportar las reprimendas de los Padres o del Beso de la Muerte.

Recuerdo que en la literatura crítica apareces como uno de los que "atropellan y salen volando", y yo como uno de los que "besan para contárselo a todos". Confieso que eso hace de ti un personaje más simpático.

Recuerdo que primero fue Pichón. Luego aparecieron Pichón y Trucón. Y al final estabas tú, ni Pichón ni Trucón.

Recuerdo que no quise que siguieras a oscuras. Te envié un mensaje. Podías leerlo como un mensaje condescendiente. Podías leerlo como el mensaje de un hipócrita. Pero también podías leerlo como un mensaje en el que te revelaba la identidad del informante para que pudiéramos dejar de interpretar papeles. ¿Sabía lo que hacía? Pocas semanas después recibí una llamada telefónica. Habías hecho averiguaciones para presentar una queja por acoso. Quizás Angela Lansbury había puesto el grito en el cielo al abrir tu correspondencia y encontrarse con los muchachos que salían en *Pablo*; o quizás habías tratado de protegerte tras descubrir la identidad

*El año académico*

de quien había informado a las autoridades. No tenía importancia. En cierto sentido habíamos dado la vuelta completa. ¿Habíamos recuperado también nuestra inocencia? El año académico había terminado.

*Alexander García Düttmann*

## **El autor**

**A**lexander García Düttmann es profesor de filosofía en Goldsmiths College (Universidad de Londres). Entre sus publicaciones más recientes destacan los libros *Filosofía de la exageración* (Suhrkamp 2004 y Continuum 2007), *Así es. Un comentario filosófico sobre las "Minima Moralia" de Adorno* (Suhrkamp 2004), *Visconti. Entender en carne y hueso* (Kadmos 2007 y Stanford 2008) y *Derrida y yo. El problema de la deconstrucción* (Transcript 2008). Su único libro traducido al castellano es *La discordia del sida* (Anaya y Mario Muchnik 1995).

*Alexander García Düttmann*

**Índice**

<b>Primer trimestre</b>	<b>9</b>
<b>Segundo trimestre</b>	<b>73</b>
<b>Tercer trimestre</b>	<b>97</b>
<b>El autor</b>	<b>107</b>